

EL 19 DE NOVIEMBRE

DE 1884

Y EL

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA
DE SAN JUAN.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

SAN JUAN DE LOS LAGOS.
IMPRESION DE JOSÉ MARTÍN HERMOSILLO.

1884.

BT660
.J8
D5
c.1

346

BT660

J8

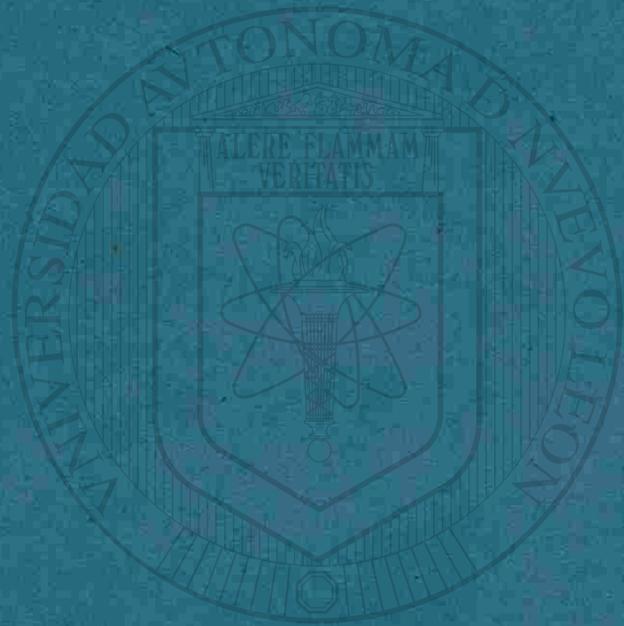
05

c.1

004846



1080026742



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

< EL 19 DE NOVIEMBRE

DE 1884

Y EL

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA

DE SAN JUAN.

JUAN L



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

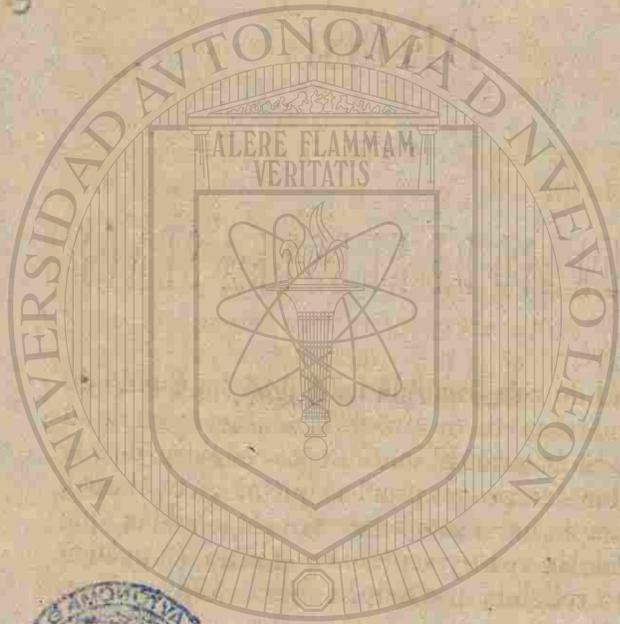
SAN JUAN DE LOS LAGOS.

IMPRENTA DE JOSÉ MARTÍN HERMOSILLO.

VALVERDE Y TELLES
1988
FONDO EXTERNO

42011

BT660
520
DS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Faded, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.

La ciudad de San Juan de los Lagos ha estado de fiesta algunos días con motivo de la consagración de su famosísimo Santuario. El sentimiento religioso, de que ha sabido dar siempre las pruebas que exigiera el caso, estalló ahora en manifestaciones tan espléndidas, que solo habiéndolas visto y sentido en el alma, se pueden conocer. La religión, que todo lo engrandece, no dá en que sentir al corazón.

San Juan, visto bajo su mejor aspecto, es el Santuario: todo lo que á este atañe le interesa, todo lo que lo celebra hace su gloria; todo lo que lo amengua lo lastima. Ni en lo bello, ni en lo grande, ni en lo célebre, ni en lo estimado le iguala otro edificio de la ciudad; ninguno le iguala en interés. Yo no sé si será conocida esta ciudad en la República y fuera de los confines de la Patria, por algo más célebre; pero me consta que su Santuario es conocido por su hermosura, por su culto, por sus maravillas, por las peregrinaciones que recibe, y por la milagrosa Imágen de la Madre de Dios, que se venera en su sagrado altar.

004846

Hasta cierto punto se puede asegurar que este Santuario tiene un caracter mas ámplio que el que pudiera darle una ciudad: es un Santuario de la Iglesia nacional. Y así como en la ciudad es visto por ella con grande interes, así lo es tambien en la nacion.

Por esto no solo se puede decir que cuanto toca á este Santuario interesa á los que viven á su sombra; sino que interesa á la nacion.

Su consagracion debia, pues, no solo ser una solemnidad religiosa, sino una Fiesta pública, por lo menos, de esta católica ciudad.

Una Fiesta pública!

Si, porque es un acontecimiento público que todo lo afecta: porque afectando á todas las almas, hace lo mismo con todas las familias, y por ellas con la sociedad toda. Así habria sido en cualquier parte, más aqui, donde es tan grande la piedad, y el sentimiento religioso tiene tan grande vida. Así es que las demostraciones de alegría y de júbilo no tuvieron otras fronteras que las de lo imposible. Se conoce la omnipotencia de los pueblos, y no son de extrañarse sus prodigios. Puede asegurarse que no habia una alma que, arrinconada en las oscuridades del egoismo; se sustrajera al entusiasmo y á la alegría comun. La alegría como la luz, se difunde y penetra, con tal que se le deje una rendija; como los gases que tienden á tomar mayor volumen, al mismo tiempo que se extiende por la clase media, sube á las altas y descende á las últimas, con admirable fuerza de espansion.

Voy á escribir su historia, para conocimiento de los ausentes y memoria de la posteridad, para que ni unos por el tiempo, ni otros por el espacio, queden privados, en cuanto sea posible, de la felicidad de asistir á ella. En la ciudad tuvo lugar la solemnidad real: aqui esta aunque imperfectamente la solemnidad escrita. Una

sencilla y poética inscripcion guardará su memoria sobre la puerta de la izquierda del Templo: aqui se hallarán mas ámplios y numerosos detalles. Aquella será la portada: esto el conjunto de la historia.

Hacia ya algunos años que, almas devotas de la Santísima Virgen Maria y verdaderamente apasionadas del Santuario, habian pensado en su consagracion. Dios, concediéndoles la gracia del pensamiento, no les dió la de realizarlo; queria que compartieran su felicidad con otros que ellas llamaran más afortunados. No dá Dios á la planta los colores y la fragancia de la flor, ni á esta el verdor y grandeza de la planta. Aquel pensamiento pasó como una vision mística, consoladora y halagüeña, que solo el tiempo habia de realizar: se perdió en el tumulto de las dificultades en que se pierden tantos pensamientos; se hundió en el abismo de los años que con sus negras ondas todo lo oscurecen: parecia que habia descendido á su sepulcro, y que para él no habia esperanza de resurreccion. Sobre él pasaron muchos años, y entre tanto murieron los que lo habian pensado y se habian alegrado con aquella risueña y dulcísima esperanza.

Entonces, al visitar este Santuario hace ya algunos meses, al verlo como otras ocasiones, tuvo nuestro Illmo. Prelado lo que llamaria el Conde de Maistre una iluminacion repentina; lo que llaman los místicos una imocion de Dios; lo que yo quiero denominar una inspiracion de Maria. Ella, si, Ella puso en su mente ese pensamiento tan luminoso, esa resolucion tan fecunda; Ella le dió la gran felicidad de realizarlo. Era una de las felicidades que le reservaba, uno de los monumentos de su gloria.

Habia llegado la hora de la esperanza; no la de la realizacion. Faltaba que fuera por mucho tiempo deseada con ardor; porque el deseo, que á primera vista

significa muy poco, es, bajo el aspecto divino y espiritual, la preparacion de grandes cosas: para Daniel fué la preparacion de sus visiones, para los Patriarcas, la preparacion del Mesias. Mientras estamos en el mundo el deseo es la medida de las almas.

El pensamiento de Nuestro Illmo. Pastor, enunciado bajo la forma reservada de lo que queda incierto, era en el fondo una resolucion. Puédese asegurar que, si por algun motivo no le hubiera sido dado cumplirlo, mas de una sombra de tristeza habria cruzado por su espíritu.

Apenas divulgada la noticia, todo fué flotar el pueblo en un mar de benditas esperanzas, todo rogar al Omnipotente consagrara su Templo, todo pensar en esa fiesta y ya gozarla anticipadamente, todo pedir á la Santísima Virgen conservara la vida y la salud del Gefe Ilustre de Nuestra Arquidiocesis, para que se cumplieran los santos deseos de su pueblo. La esperanza se habia hecho popular, lo que era hacerse grande. Apesadumbradas las gentes por no haber hecho el Santuario, se consolaban consagrándolo. El siglo XVIII lo hizo: el XIX lo consagrará: aquel formó su cuerpo: este inspirará su alma: aquel se manifestó rico, elegante y piadoso: este, mas ideal, mas místico, mas santo. Y no queriendo privarse de la gloria de haberlo hecho ni privar á sus padres de la felicidad de consagrarlo: "Somos el mismo pueblo, decían, los muertos y los vivos: lo hicimos por sus manos y por nosotros lo consagrarán." Todas las esperanzas son inspiracion, mas las religiosas, por que son mas divinas. Todas son grandes, mas las de los pueblos, que se elevan á infinita potencia. Alguno dijo que la esperanza es sueño: habria dicho mejor diciendo que es una compensacion de las injurias del tiempo. Conoce poco quien á su luz no ha visto los objetos, ni se ha colocado en su eminencia pa-

ra mirar su encantadora prespectiva.

El tiempo se iba acercando bonancible, sin que nada disipara aquella esperanza, y con mucho, que al darle certidumbre le daba nueva vida y mas vigor. Fijaba ya el Prelado el 19 de Noviembre para la consagracion, la Fiesta de la Presentacion de Maria Santísima, para la solemnidad el 21, y su llegada á la ciudad para el dia 15. Todo era ya preparaciones en el Templo para sus grandes actos, y en las casas y en la ciudad para la fiesta popular. En cuanto á la alegria y al entusiasmo vendrian espontaneamente y sin preparacion. Estaba como en su causa en el grande acontecimiento y en las almas.

Amaneció el dia 15 de Noviembre y á su primera luz partieron de esta ciudad, camino de la Encarnacion, el Sr. Cura D. Clemente Perez y el Sr. Pbro. D. Isidoro Rodriguez, Capellan Mayor del Santuario. Ya se sabia el objeto de su viaje, pero si no se hubiera sabido, se habria adivinado, porque la alegria que revelaban y el entusiasmo que se manifestaba en su espresion, indicaban casi la presencia de un acontecimiento muy plausible: el pueblo diria que iban pidiendo plácemes. Los sentimientos grandes no se ocultan.

Iban al encuentro del Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza, que acompañado de algunos miembros del venerable Clero que componen su familia, venia á dar lleno á los deseos de su alma y de su pueblo. Al verlo caminar así se hubiera dicho que era un ilustre peregrino que iba á cumplir un voto. No se sabe lo que pensaba durante su camino, pero de seguro sus pensamientos estaban saturados de piedad: iba por la primera vez á consagrar un templo, él, que en su larga vida de Pontifice, habia ejercido todos los actos del Episcopado: y ese templo era el Santuario de Santa Maria de San Juan, famoso entre los famosos de nues-

tra República. Y lo iba á consagrar solemnemente . . . iba á dejar en él, algo de su propia consagracion. . . . lo iba á hacer partícipe del Espíritu Santo que el mismo recibió. Solo los Obispos saben las emociones que preceden, acompañan y siguen á la consagracion, solo ellos las perciben en su atmósfera impregnada de gracia y misticismo. El alma del Obispo vive en su ministerio como el entendimiento en la verdad, el corazon en el amor, y el angel en el cielo. El ministerio necesita al ministro y este, sin él se asfixia. Por esto solo los Obispos que han consagrado templos saben muy bien lo que entonces se siente. Los demas fieles sabemos lo que se siente al ver, pero no aquello. Yo pienso que, si el peregrino desde lejos descubre su cabeza y se arrodilla al saludar este Santuario; cuando solo viene á visitarlo, el Ilustre Prelado que lo consagró y dejó en él el sagrado recuerdo de su santa y singular visita, lo saludaria con especial salutacion y esquisita ternura.

No hay para que consignar aquí las alegres expresiones con que los viajeros de San Juan saludaron á su respetable é Ilustre Huesped, ni las afectuosas y no menos festivas con que el Prelado y su familia, con su delicada y finísima puntualidad correspondieron.

Desde entonces juntos y sumamente alegres se dirigieron á San Juan, devorando rápidamente lo que restaba del camino. Llegó la hora de verlo y lo vieron gozosos, y algun tiempo estuvieron contemplando la singular belleza de su panorama, la majestad de su Santuario y la finísima delicadeza de sus altas y graciosas torres que, á semejanza de suspiros se lanzan hasta el cielo desde las profundidades del valle.

Un alegrey festivo repique general anunciaba al pueblo la llegada del Ilustre Prelado. Por el camino y en

las calles el pueblo con su muchedumbre y sus grandes movimientos lo recibia entusiasta, pidiendo desde luego lo bendijera. La calle principal convertida en elegante y bellissimo salon, que el gusto y el genio habian adornado con gracia, se abria espaciosa aunque inundada de la multitud, frente al viajero ilustre, que al son de la música de la ciudad, hacia su entrada en verdadero y pacifico triunfo. ¡Cuan dulces son estas manifestaciones espontáneas de amor y de adhesion! Se goza mucho al darlas; tal vez no más, al recibirlas.

Así fué conducido hasta la casa del Santuario, que regiamente amueblada, recibia al ilustre y virtuoso Prelado, benemérito ya del Templo y la ciudad. Por la noche centenares de luces artísticamente colocadas, coronaban de estrellas, con siete hermosísimas coronas rematadas por la Cruz, las elevadas torres del Santuario: lo demas del edificio estaba profusamente iluminado con no menos ingenio y habilidad. Se hubiera dicho al verlo que era uno de esos edificios fantásticos, ideado por los poetas y atribuido á los magos del oriente. El atrevimiento y el genio se disputaban la corona. *Era la iluminacion de San Juan.*

Así recibió esta ciudad entusiasta á su Ilustre Pastor.

¡Grande y útil leccion á la posteridad!

Apenas llegaba el Ilmo. Sr. Loza cuando se recibió la plausible noticia de que el lunes siguiente llegaria el Ilmo. Sr. Dr. D. Tomas Baron y Morales, encargado de la Oracion que debia pronunciarse el dia de la Solemnidad. Venia no solo á esto, sino tambien á dar con su presencia mayor realce á la fiesta. Se sabe que es costumbre de la Iglesia asistan los Obispos que se pueda á la consagracion de los Templos. La ciudad, que habia recibido con la posible magnificencia á su propio Prelado, no queria recibir menos solemnemente al Hues-

ped magnifico que venia a honrarla y á tomar muy activa parte en su Sagrada Fiesta. Así es que resolvió volver á engalanarse como en el dia anterior, y recibirlo, llegada la vez, con igual pompa. El Ilustre Prelado de Guadalajara quiso que fuera todavia mayor, porque el mismo se dirigió á Santa Maria á cinco leguas de distancia y Estacion del Ferrocarril, para esperar y recibir al grande Huesped que en señal de fraternidad venia á la fiesta de su vecina Arquidiócesis. Sin querer dió una leccion de urbanidad cristiana con su ejemplo, y se manifestó digno de su pueblo.

Santa Maria estaba de fiesta por la venida de esos Personajes, aunque pacíficos, muy grandes, y aunque muy grandes, muy queridos. Se les recibia con las espresivas demostraciones nacionales: guirnaldas de fresquisimo verdor, flores, música etc., pero ademas con la alegría que reciben los hijos á sus padres. Se reunieron allí los vecinos principales de San Juan y juntos con su Ilustrísimo Prelado, no tuvieron mucho que esperar. Se vió la locomotora, los wagoes y á poco el Ilustre Diocesano de Leon era saludado mediante significativas, afectuosas espresiones, por el Arzobispo de Guadalajara. /Los circunstantes conmovidos vieron ese saludo que nunca olvidarán. Se conocia muy bien quienes se hablaban; se veia claro quien era su Maestro. Se puede asegurar que esta entrevista fué de lo que se llama edificante. Nada de desconfianza, de reserva, de . . . falcedad hubo allí. La afabilidad los envolvia.

Después de descansar un poco y tomar una comida debidamente preparada á poca distancia de Santa Maria, paraje engalado tambien para recibir á los viajeros, continuaron su marcha seguidos de muchisimas gentes de diversas clases, que cada una á su modo les hacia compañía con entusiasmo. ¿Que tienen esos hombres, pudiera preguntarse, que así los ama el pueblo?

Los caserios del tránsito lucian sus galas y se animaban al pasar los viajeros. Aquello era una sencilla fiesta de los campos, una ovacion que recibian de paso. Por qué el pueblo es así? siendo esquivo otras veces ¿por qué ahora se comunica tanto? no probará esto el sentimiento religioso, vivo aun?

La llegada fué una cosa del todo semejante á la que he referido hace poco. La misma alegría, el mismo movimiento popular, la misma iluminacion, la misma fiesta.

Se acercaba en tanto la Consagracion del Santuario. El Ilustre Prelado vió por si mismo todos los preparativos. Las cruces de los muros, la grande piedra del altar, las reliquias de los Santos Mártires Victor, Adeodato é Irene que para colocarlas se habian traído de Guadalajara, la elegante capilla en que la vispera se habian de velar solemnemente, los ornamentos nuevos, todo, todo lo que hay que preparar. Nada faltaba. Se conocia muy bien que la Santisima Virgen lo habia dispuesto y arreglado todo.

De antemano se habia repartido entre el pueblo una reseña de las augustas ceremonias de la Iglesia en la consagracion de los Templos, para que, espectador ilustrado, fuera viendo en cada una de las mismas la grande idea que le dá vida. Como se esperaba, el pueblo se instruyó, y ya instruido era cada vez mas grande su empeño en asistir á la consagracion. La consagracion de los templos es un acontecimiento raro y por lo mismo, fuera de su propia dignidad, tiene el atractivo de lo admirable.

Sabia el pueblo que se habia de ayunar la vispera y con religiosa puntualidad cumplió esta santa prescripcion. El ayuno era voluntario y se cumplió como si fuera obligatorio. El ayuno fué acompañado de oracion. Por la noche mientras las torres y demas partes nota-

bles del Santuario se iluminaban como el cielo, en la capilla de las reliquias situada al Sur rezaban los sacerdotes á la luz de doce hachas, el oficio de los Mártires y el pueblo con cirios encendidos velaba arrodillado.

Amaneció el día 19 y el Prelado á las seis de la mañana, acompañado de once sacerdotes, dió principio á la consagracion practicando lo que el Pontifical previene y se refiere en la adjunta reseña. Yo solo debo referir lo que no consta allí: el profundo recogimiento y la piedad y devocion con que el pueblo lo iba mirando y estudiando todo. Mas de una vez se oyó que con su voz salida de grande muchedumbre repitió santas invocaciones! Mas de una vez se le vió llorar enternecido! Por qué el pueblo no siempre es así?

Llegada la hora entró en el Templo que se le abria consagrado y lo inundó apesar de sus grandes dimensiones. Todos querian entrar, como si se disputaran la felicidad de ser el primero.

Pasada la consagracion, que duró cinco horas, el pueblo se retiró bendiciendo á Dios y enriquecido con sus gracias.

La consagracion habia pasado. . . . Los ardientes deseos de tantas almas estaban cumplidos. . . . El Santuario estaba consagrado. . . . El siglo XIX no pasó por él sin dejarle un gratisimo recuerdo. La tarde lo alumbró despues de la consagracion, por la primera vez, con las doradas ráfagas de esos crepúsculos que suelen alumbrar nuestros dias de ventura: la noche estendió su bóveda estrellada como otro templo del cual fuera este el Tabernáculo.

¡Entonces volvió á iluminarse el exterior del Templo y parecia que cada una de las luces era una gracia, y todas juntas en su armónica disposicion, las Gerarquias angélicas que se cernian sobre él.

Recordaba entonces, cuando la noche invitaba á la meditacion, el pueblo, todo lo que habia visto y lo que habia escuchado. Miraba al Angel del Señor cerca del altar del Templo con su incensario de oro, y con muchos inciensos que le dieron, radiante con su aureola de gloria y de oracion. Veia á Dios cubriéndolo con sus alas y seguro se refugiaba bajo de ellas: oia el himno de toda la tierra que adoraba á Dios y alababa su nombre: veia que se disipaban todos los enemigos del Señor como humo en el ambiente. . . . Y gozaba con estos santos recuerdos y piadosas visiones. La consagracion era el centro de todas las ideas, de todos los sentimientos, de todas las conversaciones. Quien quisiera ponerse en contacto con todos no necesitaba sino pensar en ella. Atraia las miradas como el raudal cometa que hace poco voló por nuestro cielo, como un habitante de otro mundo.

La consagracion pasó; empero su efecto permanecerá mientras dure el Santo Templo. La consagracion como Dios, nunca se acaba: como El no puede tener repeticion, á semejanza de la vida eterna, dura lo que dura el sujeto. Que perpetuidad tan admirable! Podrá, lo que Dios no permita, ser violado el Santuario por la malicia humana; podrá, podrá destruirse en alguna de sus partes por algun sacudimiento de la tierra, ó por un sacudimiento de los hombres, todavia mas horrible; será necesario quizá, reconciliarlo alguna vez; pero no podrá volverse á consagrar. La consagracion, como el Bautismo, solo una vez se puede recibir y una vez recibida no se pierde.

La consagracion es lo último de la santificacion de las cosas. Lo último. . . . Tambien hay escala en la santidad de las cosas. Dios puso las Gerarquias en todas partes: en las cosas, en los hombres, en los espíritus angélicos. Solo El no tiene Gerarquía.

Lo último....

El día 21, Presentacion de Maria Santísima en el Templo, fué designado por el Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo para solemnizar la consagracion del Santuario de Santa Maria de San Juan. No podia escojerse un dia mas propio. Asi como Niñita fué presentada por sus padres en el Templo de Jerusalem, hace cerca de dos mil años, asi ahora se presenta en este Templo, que levantó á Dios en honor suyo la piedad de sus hijos, y que la misma religion consagró el 19 del corriente. Fué á santificar con sus virtudes aquel Templo: tendrá sus ojos y su corazon en este todos los dias, para escuchar las oraciones, y mirando á sus hijos bendecirlos.

¡Dignate, Dulcísima Virgen, habitar en tu Santuario, como habitaste en el Templo de la ciudad de Dios, Mansion de Paz!

Desde las Vísperas fué grande la solemnidad, como lo demandaba la magnificencia de un acontecimiento tan glorioso. Los Maytines no fueron menos solemnes y animados. El Capellan Mayor del Santuario, á cuyos esfuerzos y solicitud se debe la consagracion del Santuario, algunos Párrocos y mas de treinta sacerdotes, domiciliarios y estraños, llenaban la elegante silleria del Presbiterio, mientras el pueblo invadia gozoso la amplisima extension del Templo. ¡Que bien resonaban entonces las alabanzas del Señor! La perfeccion con que la Capilla ejecutó el canto y música de esta solemnidad, parecia consagrada tambien. El prisma de la consagracion descompone todos los resplandores en misteriosos y bellisimos rayos. A la luz de centenares de focos, que artísticamente iluminaban el Santuario, eran dignos de verse aquellos venerables Sacerdotes y aquel pueblo piadoso y enardecido, en aquel Templo recientemente consagrado, donde es tan facil ser pia-

dos. En otras partes se necesita un esfuerzo para santificarse; aquí es necesario para no hacerse santo. Involuntariamente se pensaba en el cielo, y los suspiros por esa Patria se escapaban de todos los pechos humanos. Así es el culto. Darlo es vivir. El corazon de los impíos está atrofiado. En las solemnidades, vuela el alma, cautiva otras veces. Bien sabe, tiránica la impiedad, lo que hace el cautivarlo. El exterior del Templo estaba profusamente iluminado, y parecia que sus brillantes luces, eran mas que los resplandores de la fiesta, los suspiros de las almas que él estaba abrigando; tenia un manto de gloria, una de esas aureolas con que la idealidad envuelve sus apariciones.

El día 21 la solemnidad tocaba á lo último.

El Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara iba á officiar en la funcion. La misa Pontifical, tan majestuosa y grave, iba á celebrarse en el Santuario secular, solemnizando su consagracion. El grave y hermosísimo Santuario, rico y elegantemente adornado, se presentaba con todos sus atavios, como joven esposa en el dia de sus bodas. No dejaba nada que desear. Su Santa Imagen á manera de un Sol resplandecia en el trono, circundada de una aureola de luces; su ambiente perfumado, sus ricos y hermosísimos adornos, sus Pontífices, su numeroso Clero y su gran pueblo se correspondia con gratisima armonia. Se celebró el Divino Sacrificio con efusion de admirable ternura, fomentada y guardada en las almas por una orquesta magnífica y un canto expresivo y sentimental.

El Ilmo. Sr. Obispo de Leon, Dr. D. Tomas Baron y Morales ocupó la cátedra del Espíritu Santo. Seria inútil decir en sustancia su instructiva y patética Oracion, si han de verla integra mis lectores; pero no lo es, decir, que produjo admirables efectos y que el pueblo le escuchó conmovido. Su elocuente Discurso,

que admirarán cuantos lo leyeren, es digno de la solemnidad, del Ilustre Orador y del pueblo que tanto lo admiró.

Concluida la Misa el venerable, el anciano, el grande Arzobispo de Guadalajara, el Apostol de la niñez, y el Regenerador del porvenir, alabó conmovido el Nombre del Señor y teniendo su báculo en la mano, hecha tres veces sobre el pueblo la señal de la Cruz, lo bendijo con ternura, y con sentimiento inexplicable. El Prelado y el pueblo se entendían: la santa unidad que los liga y especialmente los ligaba en esa hora solemne y singular, llevaba de uno á otro las ondas del sentimiento: sus almas estaban á nivel. El pueblo lo bendecía á la vez, deseándole muchos años de felicidad.

Aquello era una despedida

Lo restante del día fué tambien una fiesta religiosa y pública. Las sombras de la noche volvieron á disiparse con las brillantes luces del Santuario, que como almas ávidas de la eternidad iban al cielo.

Es sabido que la consagración del Templo tiene Octava solemne. Se celebró debidamente con la piedad y devoción, que no solo caracteriza á los fieles de esta ciudad, sino que era de desearse en tan grandiosos días.

Durante la Octava, San Juan, que con tanto placer habia recibido á sus Ilustres huéspedes; los vió partir nuevamente. Primero el Ilmo. Sr. Baron y despues el Ilmo. Sr. Loza, que lo acompañó hasta la Estacion, donde lo habia recibido, se retiraron dejándole imprecaderos recuerdos de santa gratitud. Cuenten esos Ilustres Prelados Mexicanos con memoria inmortal en muchas almas. Triste San Juan los vió partir ; ¡Ojalá y no sea la última vez que tenga la felicidad de recibirlos!

El día 25 se volvieron a solemnizar las Vísperas y los Maytines como en la fiesta principal. Interior y ex-

teriormente iluminado el Templo; y con grande concurso de la piadosa multitud, tuvieron lugar las solemnidades. El 26 se hizo la Funcion de la Octava devotamente celebrada por el pueblo y muy bien ejecutada por la Orquesta del Santuario. Predicó en ella casi durante una hora el Señor Cura Dr. D. Ignacio Diaz, cuyo Discurso se puede ver despues de este artículo. Al Predicador lo edificó el sentimiento y la piedad del pueblo.

Con esto y con la solemnidad de la tarde concluyó la primera Octava de la Consagración del Santuario de Santa Maria de San Juan.

Este conjunto de Fiestas deja en las almas una estela luminosa, que no se apagará y un recuerdo dulcísimo, que traerán á su memoria despues de muchos años, para gustarlo siempre con nuevo placer.

La consagración del Santuario es un grande hecho de la Historia Eclesiástica de San Juan, de Guadalajara y de México. Grande por sus trascendencias incalculables, y por que dignamente celebrada, es un testimonio incontestable de que aqui no es la piedad un puro nombre. Un grande hecho!

¿Que importa que algunos no lo crean? Esos algunos son muy pocos, y ningunos en parangon con todo un pueblo. Impotente su incredulidad, no pende de ella la grandeza.

Un hecho!

Estaba en lo pasado como en sus causas; estará en el porvenir en sus grandes efectos, como está en el presente en su majestuosa realidad.

Es un hecho!

Por lo mismo incontestable.

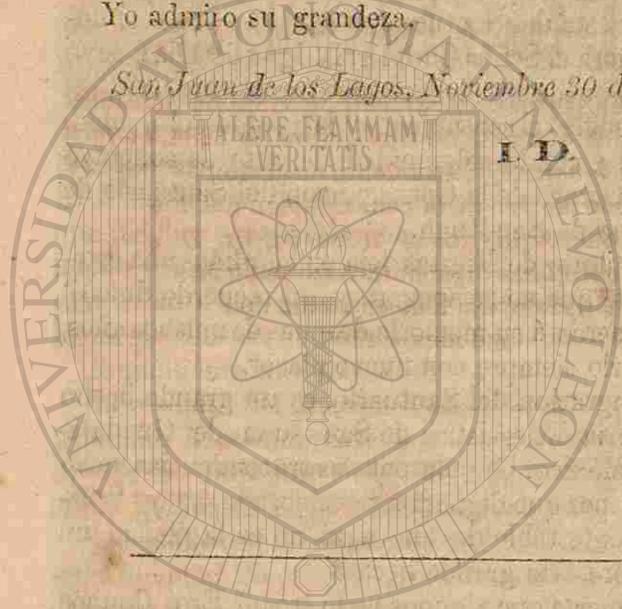
Yo quisiera mirarlo con la mirada iluminadora de los poetas, para poder pintarlo con el pincel de Chateaubriand, de Lamartine, de Walsh: quisiera referirlo con la sencillez encantadora de Cervantes, de Ma-

riana, de Solis: quisiera . . . ¿Qué no quisiera, si he tenido tanto entusiasmo en la parte que me ha cabido de esta solemnidad!

Para admirarla no se necesita, sino verla.

Yo admiro su grandeza.

San Juan de los Lagos, Noviembre 30 de 1884.



EXTRACTO DEL SERMON,

Que el Illmo. Sr. Obispo de Leon.

Dr. D. Tomas Baron y Morales,

Predicó en el Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, el dia 21 de Noviembre de 1884, en la solemne funcion que se celebró en accion de gracias, con motivo de la consagracion del mismo Santuario, que el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza dignísimo Arzobispo de Guadalajara, hizo en 19 del mismo mes y año.

Habebitis hunc diem in monumentum et celebrabitis eum solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno. *Exod. c. 12, v. 14.*

Conservareis para siempre la memoria de este dia: y vosotros y vuestros hijos lo dedicareis al Señor perpetuamente. *Exodo, cap. 12, verso 14.*

Estas fueron las palabras con que el Illmo. Prelado de Leon dió principio á su discurso.

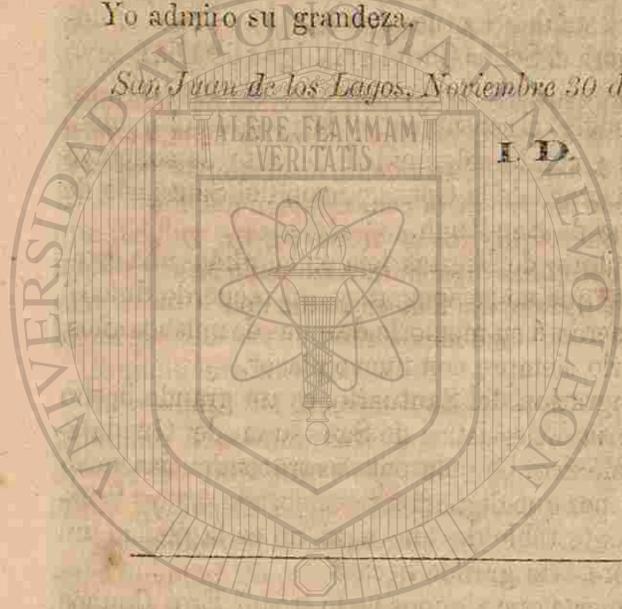
Saludando en seguida reverentemente al Illmo. Sr. Arzobispo, expresó su particular regocijo y complacencia por que al haber venido á tomar parte en la presente solemnidad, le era muy satisfactorio conocer por si mismo las demostraciones de piedad de este religioso pueblo, de quien tenia las noticias mas placenteras, por que su proverbial amor y dedicacion al culto de Dios y de Maria Santísima, le eran bien conocidos por

riana, de Solis: quisiera . . . ¿Qué no quisiera, si he tenido tanto entusiasmo en la parte que me ha cabido de esta solemnidad!

Para admirarla no se necesita, sino verla.

Yo admiro su grandeza.

San Juan de los Lagos, Noviembre 30 de 1884.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

EXTRACTO DEL SERMON,

Que el Illmo. Sr. Obispo de Leon.

Dr. D. Tomas Baron y Morales,

Predicó en el Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, el dia 21 de Noviembre de 1884, en la solemne funcion que se celebró en accion de gracias, con motivo de la consagracion del mismo Santuario, que el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza dignísimo Arzobispo de Guadalajara, hizo en 19 del mismo mes y año.

Habebitis hunc diem in monumentum et celebrabitis eum solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno. *Exod. c. 12, v. 14.*

Conservareis para siempre la memoria de este dia: y vosotros y vuestros hijos lo dedicareis al Señor perpetuamente. *Exodo, cap. 12, verso 14.*

Estas fueron las palabras con que el Illmo. Prelado de Leon dió principio á su discurso.

Saludando en seguida reverentemente al Illmo. Sr. Arzobispo, expresó su particular regocijo y complacencia por que al haber venido á tomar parte en la presente solemnidad, le era muy satisfactorio conocer por si mismo las demostraciones de piedad de este religioso pueblo, de quien tenia las noticias mas placenteras, por que su proverbial amor y dedicacion al culto de Dios y de Maria Santísima, le eran bien conocidos por

la fama pública, que circula por todos los ámbitos de nuestra amada patria, y se manifestó en extremo satisfecho, por haber tenido la dicha de venerar en este Santuario á la que es tierno objeto de nuestros cultos.

Fijándose despues en la dedicacion de la Iglesia que acababa de hacerse, y considerándola como un beneficio particular de Dios, NUESTRO SEÑOR concedido á este pueblo, anunció como proposiciones fundamentales de su discurso las siguientes.

Primera. Importancia del beneficio recibido.

Segunda. Obligacion y manera de corresponder á el.

Imploró á continuacion las luces del Espiritu Santo, por la mediacion de María Santisima y demostró sus proposiciones del modo siguiente.

Con respecto á la primera, despues de asentar con el Cardenal Belarmino que los usos propios de un templo son: predicar en él la divina palabra, ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa, administrar los sacramentos y orar en público y tributar alabanzas á Dios Nuestro Señor, encargó todos estos beneficios, como dispensados á cuantos acuden á este Santuario, pero especialmente á los moradores de esta parroquia y sus cercanias.

Recordó al intento los maravillosos efectos de la predicacion del Evangelio y el apoyo que por medio de la misma predicacion se proporciona á los dogmas sacrosantos de la fé, á los principios de sana moral y á la disciplina eclesiástica. Hizo mencion de la enseñanza que aquí se ha procurado al niño, al jóven, al anciano, al ignorante, al hereje, al cismático y al disidente de la fé católica, sobre las verdades que deben creer y las obras que deben practicar. Recordó tambien al padre de familia, al esposo, al hijo, al hermano, al señor y al criado, al gobernante y al súbdito, que aquí habian recibido no pocas veces la instruccion bastante para dar

cumplimiento á sus respectivas obligaciones, é hizo fijar su atencion al pobre y al rico, al comerciante, al industrial, al labrador, al artesano y en general á todo el que profesa algun arte, ciencia ú oficio, sobre que en este Templo han aprendido á servirse de su profesion y de las circunstancias favorables ó adversas en que se han encontrado, para bien de sus almas y las de sus hermanos por la fé y para promover la gloria de Dios y su propia santificacion. Habló tambien del recurso importantísimo que aquí han tenido los fieles con la celebracion diaria del santo sacrificio de la misa para desahogar su corazon delante del Dios-Hombre, que habita en nuestros templos y para ofrecer constantemente al Eterno Padre la victima de propiciacion por los pecados del pueblo. Encareció la importancia de haber tenido un lugar más para la recepcion de los santos sacramentos, especialmente los de la penitencia y sagrada comunion y tambien para recoger su espiritu delante del que es Todopoderoso y para llorar sus pasados extravios, pedir fortaleza en los combates contra el enemigo comun y solicitar gracias y favores en las diferentes necesidades de la vida; y ponderó finalmente la gran dicha de cuantos concurren á este lugar, de poder tributar culto público y entonar públicas alabanzas á Dios Nuestro Señor y á su augusta Madre y tiernísima Madre nuestra.

Hizo en seguida los mas cumplidos elogios de la religiosidad de este pueblo y la de cuantos vienen á visitar la maravillosa imágen que aquí se venera, y presentó la dedicacion de la Iglesia como un premio concedido a esa misma religiosidad, por Dios nuestro Señor, mediante el Venerable é Illmo. Prelado de la Arquidiócesis.

Para ponderar la importancia de este premio, hizo primero una extensa explicacion de las ceremonias que

acostumbra la Iglesia al consagrar un templo, cuyas ceremonias acababa de presenciar su numeroso auditorio. Refirió con este motivo la significacion mística que tiene esa imponente ceremonia de rociar tantas veces el templo con agua bendita por su parte exterior y por la interior. De la misma manera explicó el significado de ese tocar por tres veces el consagrante con el báculo pastoral la puerta mayor del Santuario, así como el de las doce cruces colocadas en sus paredes; los alfabetos griego y latino que el Illmo. Prelado escribió sobre ceniza con el mismo báculo en el pavimento del templo; el óleo de catecúmenos y el sagrado crisma con que ungió las cruces y el nuevo altar; el agua mezclada con vino, sal y ceniza que bendijo para proceder á la consagracion del mismo altar; la colocacion que hizo en él de las sagradas reliquias de santos mártires; la solemne procesion con que estas fueron conducidas al templo desde la capilla, en que la víspera habian sido depositadas; las devotas preces ú oraciones que el clero y fieles recitaron reverentes en la misma capilla; las letanias de todos los santos que solemnemente se entonaron y todo lo demas que con motivo de tan imponente ceremonia se practicó, conforme á lo prescrito por la santa Iglesia en casos semejantes, y se ocupó por último de los nuevos privilegios concedidos á este Santuario y de la categoria á que, con motivo de su consagracion, habia sido elevado.

Considerando en seguida todo lo expuesto como un premio concedido á la religiosidad de este pueblo, ponderó de nuevo la importancia de este beneficio y dió principio á la segunda parte de su discurso en que se ocupó de la obligacion y manera de corresponder á tan grande favor, como lo tenia anunciado.

Para explicar esta segunda parte comenzó por la-

mentar con un sabio escritor, que "el vulgo de los hombres escribe en el polvo los beneficios recibidos y graba en el marmol las ofensas que se le hacen". (*Vulgus hominum beneficia pulveri maleficia marmori insculpunt.* Tomás Moro citado por Alápide). Y exhortando á su auditorio á seguir una conducta enteramente contraria, y ponderando la grandeza del beneficio, la excelencia del que lo dispensa y la pequeñez de quienes lo reciben, dedujo de todo esto la obligacion de corresponder á él.

En cuanto á la manera de hacerlo, recordó los afanes y trabajos de Jesucristo vida nuestra por librarnos del imperio de Satanás, cuyos afanes y trabajos están representados en las aspersiones del templo ya mencionadas y en la cruz que se grabó en la puerta principal, al entrar por ella el consagrante; y exhortó al auditorio á mantenerse lejos de las asechanzas del enemigo común y á combatirlo valerosamente bajo la bandera de Cristo. Recordó tambien la predicacion de los Apóstoles representados en las doce cruces con otras tantas velas encendidas; y exhortó al pueblo á no separarse jamás de la doctrina que aquellos enseñaron. Recordó tambien los alfabetos griego y latino escritos en el pavimento del Santuario por el consagrante mismo, con su báculo pastoral; y exhortó al pueblo á no separarse del rebaño, que el supremo pastor Jesucristo, formó de todos los pueblos y de todas lenguas y naciones, para apacentarlo con el saludable pasto de la sana doctrina. Recordó tambien la colocacion de las reliquias de los Santos mártires en el altar; y exhortó al pueblo á seguir los ejemplos de tantos héroes del cristianismo, que dieron su vida y derramaron su sangre en defensa de la fé. Recordó tambien la uncion que se hizo de las paredes del templo con el óleo santo y el sagrado crisma;

y exhortó al pueblo á no desmentir jamás la fé que profesó en el día de su bautismo y se comprometió á defender en el día de su confirmacion. Recordó tambien la ereccion del nuevo altar y la dedicacion que de él se hizo á la Inmaculada Madre de Dios y Madre nuestra; y exhortó al pueblo á concurrir al santo Sacrificio para ofrecer juntamente con el sacerdote al Eterno Padre delante de Maria Señora Nuestra, la Victima de propiciacion, que es su unigénito Hijo, por los pecados del pueblo. Recordó por último la categoria á que, con todas las ceremonias practicadas, ha sido elevado este Santuario; y exhortó al pueblo á seguir dando pruebas de su proverbial religiosidad, asistiendo al efecto á la predicacion de las verdades santas con que aquí se le brinda, á la recepcion de los santos sacramentos que aquí se administran y á los cánticos sagrados, preces y públicas oraciones, que aquí se entonan al Rey de los cielos y á la Virgen inmaculada, tiernísima Señora y Madre nuestra. Demostradas de esta manera las dos propociones fundamentales de su discurso, y vivamente conmovido el Illmo. Prelado de Leon, con las mas fervorosas y humildes espresiones, pidió á la Virgen Inmaculada que se dignara alcanzar de su divino Hijo, que este religioso pueblo y cuantos ocurran á venerarla en este insigne Santuario, grabaran para siempre en sus corazones los beneficios recibidos en los presentes dias, y que ellos mismos y sus hijos y las generaciones venideras celebrarán en cada año el aniversario de la consagracion de este santo Templo, tributando en ese dia cultos especiales, para perpetuar el recuerdo de tan insignes favores. *Habebitis hunc diem in monumentum, et celebrabitis eum solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno.*

Tomada a rayon

SERMON

PREDICADO EN EL SANTUARIO

DE

NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN,

El dia 26 de Noviembre de 1884,

OCTAVA DE SU CONSAGRACION,

POR EL

Sr. Dr. D. Ignacio Diaz.

Colligite quae superaverunt fragmenta, ne pereant. JOAN, CAP. VI, v. 12.

Juntae los pedazos que sobraron, para que no perezcan. S. JUAN, CAP. VI, v. 12.

Habia, Señores, querido dar principio á mi discurso describiendo aquella famosísima y simbólica solemnidad con que el Rey sabio dedicó el templo de Jerusalem, maravilla del mundo; mediante toda la majestad del culto, la inmolation de innumerables victimas, el concurso de todo su pueblo, festivo y entusiasta y la

y exhortó al pueblo á no desmentir jamás la fé que profesó en el dia de su bautismo y se comprometió á defender en el dia de su confirmacion. Recordó tambien la ereccion del nuevo altar y la dedicacion que de él se hizo á la Inmaculada Madre de Dios y Madre nuestra; y exhortó al pueblo á concurrir al santo Sacrificio para ofrecer juntamente con el sacerdote al Eterno Padre delante de Maria Señora Nuestra, la Victima de propiciacion, que es su unigénito Hijo, por los pecados del pueblo. Recordó por último la categoria á que, con todas las ceremonias practicadas, ha sido elevado este Santuario; y exhortó al pueblo á seguir dando pruebas de su proverbial religiosidad, asistiendo al efecto á la predicacion de las verdades santas con que aquí se le brinda, á la recepcion de los santos sacramentos que aquí se administran y á los cánticos sagrados, preces y públicas oraciones, que aquí se entonan al Rey de los cielos y á la Virgen inmaculada, tiernísima Señora y Madre nuestra. Demostradas de esta manera las dos propociones fundamentales de su discurso, y vivamente conmovido el Illmo. Prelado de Leon, con las mas fervorosas y humildes espresiones, pidió á la Virgen Inmaculada que se dignara alcanzar de su divino Hijo, que este religioso pueblo y cuantos ocurran á venerarla en este insigne Santuario, grabaran para siempre en sus corazones los beneficios recibidos en los presentes dias, y que ellos mismos y sus hijos y las generaciones venideras celebrarán en cada año el aniversario de la consagracion de este santo Templo, tributando en ese dia cultos especiales, para perpetuar el recuerdo de tan insignes favores. *Habebitis hunc diem in monumentum, et celebrabitis eum solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno.*

Tomada a rayón

SERMON

PREDICADO EN EL SANTUARIO

DE

NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN,

El dia 26 de Noviembre de 1884,

OCTAVA DE SU CONSAGRACION,

POR EL

Sr. Dr. D. Ignacio Diaz.

Colligite quae superaverunt fragmenta, ne pereant. JOAN, CAP. VI, v. 12.

Juntae los pedazos que sobraron, para que no perezcan. S. JUAN, CAP. VI, v. 12.

Habia, Señores, querido dar principio á mi discurso describiendo aquella famosísima y simbólica solemnidad con que el Rey sabio dedicó el templo de Jerusalem, maravilla del mundo; mediante toda la majestad del culto, la inmolation de innumerables victimas, el concurso de todo su pueblo, festivo y entusiasta y la

presencia del Señor, que en una nube ocupaba el Santuario. Quería presentaros á ese Rey arrodillado, con sus brazos levantados al cielo, orando en la presencia del Señor con toda la efusion de su alma por su pueblo, para que Dios recibiera allí sus oraciones en los dias de calamidad y en los dias de ventura, cuando disfrutara de paz y cuando se aprestara á todos los azares de la guerra, cuando recibiera el premio de sus virtudes y cuando arrepentido implorara el perdon de sus culpas. Quería presentaros á ese Rey y á ese pueblo, al terminar la gran solemnidad, al despedirse en el octavo día, recordando alegremente todas las cosas que habia hecho Dios con David y los suyos. Quería todo esto, por que aquel Rey representaba á Jesucristo, aquel pueblo era vuestra figura y aquella solemnidad era casi esta. Estaban allí la inspiracion, la idea y el sentimiento.

Me acordé, empero, de que siglos despues Jesus y sus discipulos se hallaban á orillas del mar de Tiberiades y mas allá, por el desierto, olvidada de sí misma y hambrienta de la verdad se dirigia á El una muchedumbre felicísima: me acordé que al llegar cansada y sin con qué alimentarse, el Señor se compadeció de ella y por un efecto de su amor, obrando un prodigio de su omnipotencia, multiplicó los panes y los peces: me acordé al mismo tiempo de que quiso no se perdieran los fragmentos que hubieran sobrado y se viera, al juntarlos, cuanto habia hecho en favor de aquellas afortunadas gentes. Y al ver cuanto hizo Dios en estos dias entre vosotros, me pareció escuchar la misma voz, recibir la misma orden, sentir la misma necesidad de juntar en una sola todas las impresiones y presentar de un golpe todo lo que ha quedado de la sagrada fiesta. Porque venimos hoy á celebrar la primera octava de la consagracion de este agosto Santuario de Maria, para siempre bendita; á recordar lo que extaciados mirabais

poco ha entre trasportes de alegria, de júbilo y piedad inusitados, á recoger como riquisimos perfumes las impresiones últimas de esta santa solemnidad ¿Quién me diera poderlas expresar? La alegria, la tristeza, la gratitud, el amor, la esperanza, la piedad, todo, todo se junta en su incomparable bellisima armonía, hasta el punto de que lo que se siente hoy, dificilmente se volverá á sentir, si acaso vuelve.

Podia pintar, seguro de éxito feliz, todas y cada una de las ceremonias, que preceden, acompañan ó siguen á este grande y significativo, santísimo acto de la Religion, que en el mundo reasume la grandeza de Dios y la grandeza humana, ó ir presentando á vuestras atónitas miradas grandiosos cuadros de arrebatadora y mística poesia; los mismos si, los mismos que mirasteis no ha mucho, que tanto os conmovieron, que nunca, nunca olvidareis. Pero, Señores, hoy que solo nos queda el Templo consagrado y pasada la augusta ceremonia, vive únicamente en vuestro espiritu con la preciosa vida de los recuerdos mas queridos, mas gratos y mas dulces, alumbrada por la piedad y por la Fé, en ese mundo que llamamos alma, la veo muy digna de nuestra cristiana y filosófica atencion. Y como no es mi objeto hablar de la consagracion en general de todo templo, sino de este Santuario de Maria, que nos es tan querido, de esta ciudad de Dios de la cuál tantas cosas gloriosas se han referido ya, á la luz de la realidad y de la idea, quiero presentarlo consagrado con triple y singular consagracion: la de Dios que lo ha consagrado con sus gracias; la del pueblo que lo ha ungi-do con su oracion y con sus lágrimas, y la de la Iglesia que juntando maravillosamente á Dios y al pueblo, al cielo y á la tierra, lo consagró hace pocos dias con admirable y conmovedor ceremonial, anuncio á la vez y recuerdo de los beneficios. ¡Cuántas ideas, cuantos a-

fectos, cuantas impresiones, de un golpe surgen por todas partes, al apurar las últimas de tan bendita y singular solemnidad! ¡Cómo se dilatan luminosos todos los horizontes!

Para tratar, Señores, cual conviene un asunto tan grande, cuento con vuestra gran reunion que me sabrá inspirar, pero necesito invocar á Maria.

¡Ah mi amabilísima Señora! yo no quiero para invocarte en este dia y en tu Santuario otras palabras que aquellas que en él han resonado tantas veces, salidas de los labios de tus hijos: no quiero otras, sino las que te dijo el Angel al saludarte en tu habitacion de Nazaret.

Ave Maria.

Colligiti quae superaverunt fragmenta, ne pereant. JOAN, CAP. VI, V. 12,

Juntad los pedazos que sobraron para que no perecan. S. Juan, cap. VI, v. 12.

El tiempo, Señores, ese gran mensagero de Dios, que nos abate y nos levanta, trayéndonos en su carrera las desdichas y las prosperidades; que trajo un dia la existencia del mundo, contenida antes en los decretos eternos; que hizo brotar el Paraiso con sus corrientes limpidas y todas sus amenidades; que vió salir llorosos y avergonzados á nuestros primeros padres de su dichosísima mansion; que vió mas tarde la entrada de la muerte y las aguas del Diluvio inundándolo todo y ahogando vengadoras á la carne que habia corrompido

sus caminos; el tiempo, que trajo á Abraham, padre de los creyentes, y á Moises caudillo libertador y legislador inspirado del pueblo de Dios; que trajo despues al Mesias con su vida portentosa, su doctrina inaudita, sus milagros incontestables y su preciosa y santa muerte; el tiempo, que asi como nos alegra con la sonrisa de la felicidad, nos punza con el puñal agudo de indelibles dolores, traia en sus oleadas esta ciudad y este Santuario de Maria, con todos sus primores y magnificencias. Dios habia escogido esta tierra, para que fuera uno de los lugares sacratísimos, que santificara su amor y consagrara su misericordia.

¡Un Santuario de Maria!

Es decir, Señores, un lugar de refugio, un puerto de salvacion, una fuente de esperanza, un manantial de consuelo, un Paraiso de felicidad..... Allá en los decretos eternos, en la luz inaccesible, en el entendimiento y en el corazon de Dios, estaba todo esto. Hasta esas encumbradas y profundísimas alturas hay que remontarnos, si hemos de ver las causas últimas de este Santuario consagrado. Allá, en Dios, estaban todos los beneficios que en él se habian de dispensar, todas las plegarias que habian de resonar bajo sus bóvedas sagradas, todas las esperanzas que aquí habian de nacer, todo lo que es ante Dios y los hombres esta mansion de paz y de alegria. En este sentido, podemos decir como S. Juan: vi una nueva ciudad de Jerusalem, descendiendo del cielo por Dios. No parecia sino que Dios tenia necesidad de habitar esa mansion, como la preparaba con tanto empeño. Era la obra de su amor. Él, que estendió las bóvedas del cielo, y encendió las lumbreras del espacio; Él, que escogió el pesebre de Belen y el Jordan y el Tabor y el Huerto de Gethzernani y las sangrientas cumbres del Calvario para realizar los misterios inaccesibles de la caridad: Él, que man-

dó á sus discípulos Pedro y Juan preparar el cenáculo, para instituir la Eucaristia, prenda de sus ternuras, puso á Maria para que le edificara este Santuario. Le dió su idea, para que inspirara al artista, su virtud para que dirigiera su mas perfecta ejecucion, su amor para que lo llenara de almas nobles, que ángeles vivos, personificacion de la virtud, lo animaran como el Señor al cuerpo de nuestro primer padre, su Omnipotencia para que aquí brotara inmortal por todas partes el árbol de la vida y fuera la gracia su purísimo ambiente.

¡Ah! Señores, cuan grato es para mí estender la mirada por este Sacratísimo lugar, que Dios ha consagrado con sus beneficios! Con cuanto placer veo la memoria de todas las gracias que Dios ha dispensado aquí, por intercesion de su Divina Madre! Yo quiero creerlas con toda la sencillez de la piedad, porque me es grato creer, y creo de hecho, en la oracion y en la gratitud, en Dios, en Maria y en el alma cristiana! Quiero creerlas, porque es imposible negarlas donde se sienten las emanaciones de su vida. ¿Para qué he de referir todos esos beneficios, immortalizados muchísimos, con las tradiciones y la historia de esta católica ciudad, y llevados muy léjos por el fervor del peregrino? Básteme decir con el pueblo devoto y piadosísimo, que de año en año inunda este espacioso recinto humedecido con sus lágrimas: *Este es el Santuario de Maria, consagrado por los divinos beneficios: la casa de Dios y la puerta del cielo.*

Dios, Señores, que escogió este lugar y levantó en él un palacio hermosísimo de las misericordias de Maria, no lo ha dejado aún. Todas esas gracias, todas esas bendiciones, dispensadas en él, valen mucho para Dios: lo ama como amaba en la tierra y ama desde el cielo, el lugar santo en que pasaba sus noches de vigilia.

A mas de este templo material, edificado aquí por la piedad cristiana, hay otro espiritual, edificado por la

piedad divina, formado de almas y ligado por gracias y virtudes: tan grande, que abarca muchos años y hasta siglos, á vosotros y á vuestros abuelos muy lejanos. Todo él es una consagracion, un beneficio viviente, una obra grande y sublime de la divina caridad. *No sabeis*, decia Dios en otro tiempo, *que vuestros cuerpos son templos del Espiritu Santo que está en vosotros? Glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo* ¿Si tanto es el cuerpo cuánto mas grande será el alma? ¿Cuanto mas, no será, la maravillosa asociacion de tantas almas, juntas en la fé y en el amor, en la esperanza y en el culto? ¡Oh esto es grande, sublime, incomparable, humano y divino, celestial! . . . Y tiene lugar aquí en la tierra. . . . Y nosotros somos parte de ello no pequeña. . . .

Hoy, recogemos las impresiones de esta grande misericordia de Dios para nosotros. Cuán suavemente nos remontamos en alas de la admiracion, del sentimiento, de la gratitud y del amor, al estudiar á la doble luz de la razon y la piedad, tan maravillosa y sublime obra de Dios. Para esto sirve el alma: para mirar á Dios y amarle así, mientras llega la eternidad deseada, en que viéndolo mejor, lo amemos mas. Al llegar á este punto, al herir nuestros ojos las ráfagas brillantadas de la gloria de Dios, al oír la voz de trueno que vibra majestuoza y expresiva, como la del Padre sobre la cumbre del Tabor, extaciados y absortos, no sentimos la lenta marcha de las horas, ni vemos, ni oímos, ni pensamos, ni queremos mas, y saliendo de nuestro arrobamiento, al saborear las dulzuras de nuestra felicidad, dice sin advertirlo nuestro corazon: que bueno era quedarnos aquí.

¡Santuario de Maria, consagrado por las gracias de Dios, que bien se vive bajo tus altas bóvedas, á tu luz misteriosa, como la llama de la vida y respirando tus aires perfumados de incienso y oracion! cuán breves son

las horas que te miden, como las de la dicha! cuán santas las obras de piedad, que se practican en tu seno! en tí todo tiene algo de Maria!

II

Después de la santidad de Dios, yo, Señores, no conozco otra cosa mas grande, que la santidad de la criatura racional: por esto, al ver este lugar estigmatizado con los brillantes caracteres del divino amor, me es muy grato buscar las indelebles señales de la santidad del hombre y encuentro inefable placer, hallándolas abundantísimas y vivas. Sí: este lugar está santificado por el pueblo cristiano.

¡El pueblo!

He aquí, Señores, un ser grande, que se agita en el mundo hace ya seis mil años. Siempre el mismo y envejeciéndose y renovándose constantemente, llenando el lugar de los muertos con la presencia de los vivos, es la humanidad con todas sus vicisitudes, con sus pensamientos grandiosos y sus heroicos hechos, con ese corazón por donde han cruzado tantos sentimientos; con esa alma que todo lo piensa, que todo lo presiente, que todo lo recuerda, que se agita por todo. El pueblo es algo santo, porque es á veces la imagen, el representante de Dios: porque Dios lo ama como á la hechura preciosísima de sus divinas manos; porque se compadece con grande compacion de sus perpetuas y terribles desgracias; porque bautizado con la sangre de Jesus, que era Dios, sin dejar de ser hijo del pueblo, desaparecen todas sus manchas y se hace amable ante el divino acatamiento: El pueblo es santo, tan santo que coincide, tomando el apelativo de católico con la Iglesia, ape-

llidada santa en el Símbolo de los Apóstoles. El pueblo es santo, porque cree, porque espera, porque ama, y porque teniendo todas estas cosas, es piadoso, y viva su piedad, se manifiesta por el culto.

El pueblo ha consagrado este Santuario de Maria. Sí Señores, lo ha consagrado con las lágrimas del pecador arrepentido, que ha hallado en él, la perdida esperanza, la paz, la calma, tan deseadas como inutilmente pedidas al mundo y á los extravíos de la razon. Lo ha consagrado con sus lágrimas el pueblo arrepentido. ¿Quién me diera pintar el inmenso y sublime cuadro de todos esos pecadores, que aquí hallaran sosiego? ¿Quién me diera la palabra de esos hombres, sus expresivos acentos de imperecedera gratitud, para renovarlos aquí? Estos muros, este pavimento fueron señalados con aquellas lágrimas; estas bóvedas repitieron enternecidas aquellos acentos inefables!

Mas lejos, la familia regenerada aquí y la sociedad toda, no cesan de cantar que hallaron su verdadera dicha en este Santuario de Maria, pagando con sus lágrimas esa deuda de inmensa gratitud. Aquí se ha convertido el pecador, aquí ha vuelto á la vida; aquí ha llorado. Vosotros, los que sabeis cuanto valen las lágrimas, decid si no pueden consagrar. Los que sabeis cuanto vale la penitencia, almas contemplativas, decid sinó tiene virtud de consagrar. Este lugar está consagrado por la penitencia, como las grutas del Carmelo; como de la roca herida por Moises brotan de él sus purificadoras corrientes.

Aquí se ha hecho oracion hace ya muchos años: aquí está el ángel de la oracion, que presenta las súplicas ante el altar de Dios: aquí derramó su alma en fervidas plegarias el hijo del pueblo, que buscara consuelo en sus tristezas y alivio en sus penas; aquí la madre viuda puso sus tiernos hijos, llorando de esperanza, ba-

jo la proteccion segura de Maria: aqui aprendió el niño á saludarla, de los labios de su querida madre, cuya voz resuena aún muchos años despues de su muerte: aqui se dilataron anchísimos los horizontes de la felicidad, al rogar todos ante la imagen de Maria El sacerdote halló la unción y la virtud, y el guerrero la inteligencia y el valor. La oración toma el matiz de todos los afectos, y en todos sus matices se ha reflejado aqui, con toda su hermosura. La oración del anciano, que se hundia en el sepulcro, la del enfermo herido por crueles dolores, la de la madre con toda su ternura, la del huérfano con el triste ropaje de la desolacion; la del pobre envuelto en su miseria, y la del niño con la immaculada pureza del lirio de los valles Todas estan aqui, como las estrellas en el cielo: todas brillan en hermosísima constelacion, como los gigantescos luminares que alumbran los espacios. Todas se hermanan, como los hombres en el mundo; todas se armonizan como angélicos coros de los cielos.

Aqui oran, ¡ay! los muertos, que en olvidadas tumbas esperan la resurreccion: aqui oran, santificaron este lugar con su oración gentes inolvidables y queridas, que viven aún dentro del pecho. Aqui, Señores, oran vuestros padres Yo quisiera sacar de sus sepulcros á todos los que exhalaban aqui su alma en súplicas fervorosas y ardentísimas; á los que lloraron de esperanza, de gratitud, de tristeza, de amor y de piedad. Ellos murieron Y estas bóvedas santas, guardan conmovidas, el acento de su voz, sus clamores, sus ayes y suspiros. Me parece escucharlos Percibo el lejano rumor de sus plegarias, sus gemidos, sus oraciones férvidas

Aqui se han reunido, como hijos en el seno de la casa paterna, numerosos y devotos peregrinos, que preludiando la unidad del cielo se juntaron á engrandecer

á Dios y á alabar á Maria. Ahí estan sus huellas. Este es el lugar que ocuparon. Venian á llorar aqui, porque no en todas partes son tan dulces las lágrimas; á pedir porque no en todas partes se ruega con tanta fé, ni se alcanza con tanta facilidad; á dar gracias, porque parece arder aqui, el foco de la gratitud; á amar á Dios y á su Santísima Madre porque árbol de la vida, vive de amor y de piedad este Santuario. ¡Los cantares del peregrino! ¡Cuántas veces han agitado la atmósfera del templo y la ciudad! Son las canciones del alma, los ayes del corazón, los gemidos del dolor, las modulaciones de la gratitud, los himnos del verdadero amor, las odas del sentimiento. Yo no diré que al entonarlas quedan intactos los preceptos del arte, ni que sus estrofas estan sujetas á las exigencias del metro; pero sí, que salidos del alma tienen mucha y bellísima poesía; que viniendo de tan altas regiones, tienen no raras veces muy grande inspiración y perfilan el busto de los santos. ¿Quién no se ha conmovido mas de una vez al escucharlos? Por mi parte, lo diré con franqueza, yo gozo indefiniblemente con esos cantos populares, en que la multitud grande, noble y piadosa, expresa con sentimiento sus mas dignos afectos. Tienen todos sus caracteres, su sencillez, su grandeza, su ardor, su entusiasmo, su vida

Aqui, Señores, se ha dado culto á Dios y se ha bendecido á Maria, por el pueblo y sus hijos. Este templo, estos altares, estos venerables ministros, esta piadosa multitud, lo hace entender así. Todo esto, junto ó separado, habla muy alto en favor de la consagración del pueblo, que he venido explicando. Aqui se ha dado culto y todo culto es una especie de consagración.

¡Qué bien se hermanan este templo y el pueblo que lo llena, y la Virgen Inmaculada que reside en su trono! Cómo en su grandeza se van condensando en cier-

ta, misteriosa y muy grande unidad. Este Templo regado con tantas lágrimas, perfumado con tantas oraciones, encendido con tantos afectos, santificado con tanto amor, ha recibido todas estas cosas del pueblo y de las almas: estas almas que aquí, como en el Tabor, vieran desconocidas visiones y sintieran no sentidos afectos y fueran anegadas en el piélago del amor y de la gracia, este pueblo, tan santo, tan manso, en otras partes cruel, sanguinario, feroz, terrible, violentísimo, recibió todas las gracias de Maria, que á su vez recibió la grandeza de Dios.

Vosotros mismos, Señores, habeis tenido parte en esta segunda consagracion. Aquí estan vuestras oraciones, vuestras lágrimas, vuestros sencillos cantares y vuestro santo culto, agregándose al de vuestros padres, santificado por la muerte y al de vuestros hijos, que llegada la vez, serán imitadores ¡Dichosos los que han traído á este lugar el tributo de sus santos afectos!

En este mismo instante, pasa aquí algo, que tiene para todos indecible y grandísima felicidad ¡Gustadla, Señores, ántes que acabe de pasar! ¡Cuántas almas cristianas, piadosísimas, desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron! Qué dulce es llorar aquí! Cuan suaves los consuelos, que es dado recibir sobre este pavimento! Vosotros, los tristes y quejosos, los huérfanos y desvalidos, los desengañados y los miseros, venid aquí. Los que sentís un vacío inmenso, que el mundo nunca llena, venid, venid y en este augusto y místico Santuario, gozareis inefables dulzuras, desconocidas dichas de que no es digno el mundo. Este templo es para la piedad: parece que las almas piadosas fueron hechas para él: le caen tan bien, como á la noche su majestad y sus estrellas.

Con pena dejo, por no ser mas extenso, esta consagracion del pueblo y toda su santa inspiracion, reco-

giendo los fragmentos de la fiesta, para imperecedera y gratisima memoria. Yo quisiera sentir como vosotros, avivar con mi palabra esa luz, ese amor, esa ternura, que tiene por santuario vuestro corazon: entónces si, recogeria, cual me propuse, las impresiones últimas de esta solemnidad.

III.

Era justo, Señores, que la Iglesia consagrara con su santa uncion, lo que Dios habia santificado con sus beneficios y el pueblo cristiano con sus lágrimas: era justo que la Iglesia, en la cuál se juntan Dios y el hombre, diera unidad á lo que cada uno en su orden habia hecho ya por separado: era justo que cumpliendo la voluntad de Dios, diera lleno á los deseos del pueblo.

No era indigno de la consagracion de Dios hiciera ésto la Iglesia, como no fué indigno ungiere el patriarca Jacob la piedra que fué su reclinatorio aquella noche, que luchó con el ángel y vió la escala misteriosa, que lleva su nombre. Aquel lugar era santísimo, segun dijo el patriarca, estaba allí la casa de Dios y la puerta del cielo, y sin embargo lo ungió, para darle ulterior consagracion. Así tambien consagraron los Papas la Basilica de Letran, santificada por la aparicion de la Sagrada Imágen del Salvador, las de S. Pedro y S. Pablo, por haber muerto en aquellos lugares los Bienaventurados Apóstoles, y la de Santa Maria la Mayor, por el poético y grande milagro de las Nieves.

Dios, Señores, en vez de desdeñar, ama mucho las cosas humanas, y se goza en estar con los hombres. Hace mucho tiempo que lo dijo, y todavia no cambia su sentencia: "*mis delicias son estar con los hijos de los hombres*", por eso en la unidad de persona, tomó en Jesucristo la naturaleza humana. El grande y altísimo mis-

terio de la Encarnacion revela á un tiempo mismo la grandeza de Dios y toda la dignidad del hombre. El Dios-Hombre, es el grande argumento, que opondria yo, á los que aseguráran menguaba la consagracion de los beneficios divinos que tiene este Santuario, con la Santa Uncion que la Iglesia le diera hace muy pocos dias. Asi es como junta Dios lo divino y lo humano, si es que puede llamarse humana esta consagracion, tan santa y tan augusta.

Por parte del pueblo ¿cómo habia de injuriarse, su consagracion, si se hace mas santa y mas solemne? ¿Qué cosa mas popular que la Iglesia, que es el pueblo de Dios, peregrinando en los desiertos de la vida? El pueblo siempre me ha parecido grande, en la paz y en la guerra: cuando da las leyes y cuando las cumple con fidelidad: cuando la multitud varia y amplisima está capitaneada por sus Reyes, por sus jueces y por sus caudillos; nunca tan grande, como al tener por jefes á sus Pontífices y sacerdotes; al inundar sus templos y al celebrar sus fiestas religiosas. De otro modo es el pueblo de la tierra y del tiempo; así es el pueblo del cielo y de la eternidad.

Quiero notar aquí, de paso, cómo la voluntad de Dios y la del pueblo han coincidido, como otras muchas, con acertada coincidencia en esta vez, al consagrar este Santuario. Dios lo quiso, el pueblo lo pretendió y la Iglesia divina y humana, poniendo en él su santo crisma, lo dedicó al Señor. No debia ser puramente divina la consagracion, porque la humanidad se quejaria si es lícito explicarse así; ni puramente humana, porque era digno de Dios poner aquí su sello. Ministro de Dios, la Iglesia, mediante Nuestro Illmo. y Rmo. Prelado (1), de hoy mas inolvidable, hizo la santa uncion; orando

(1) El Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza Dignisimo Arzobispo de Guadalajara.

por sí mismo y á nombre de su pueblo, alcanzó del Señor tan grande beneficio.

Quisiera, Señores, referir la interesante historia de la consagracion de este augusto Santuario de la Madre de Dios, levantado mucho ha, por la piedad de vuestros padres; traer á la memoria el primer pensamiento, la primera idea, la primera inspiracion; recordar los primeros, ardentísimos deseos, que brotando del fondo del alma la saludaron como Moises la tierra prometida desde la cima del Horeb. Lo deseaban tanto, . . . era para ellos tan halagüeña, tan dulce esta esperanza. . . . ¡Ah! si vivieran, si en medio de vosotros pudieran derramar sus lágrimas, exhalar sus sollosos, y asistiendo á esta solemnidad, dieran gracias á Dios por este beneficio . . .

. . . Alzaos de vuestras tumbas piadosos cristianos que tuvisteis el pensamiento de consagrar el templo de Maria, se ha realizado ya vuestra dulce esperanza. Si me fuera dado referir todo lo que ha precedido y acompañado á este grande beneficio de Dios, yo revelaria grandes secretos emanados del corazon de todo un Dios y de la piedad de todo un pueblo. Pero no sé porqué, no siempre es dado contar esas historias, que Dios suele guardar: parece que son tan delicadas, que se lastiman por el aire, que al tostar sus colores, marchita su frescura. Son historias del cielo.

Traer á la memoria una por una todas las ceremonias y los ritos de la consagracion del templo, que visteis conmovidos, cuando vuestro Pastor las iba realizando majestuosamente, con la efusion de su alma y vuestras almas, sería muy dilatado, y omitirlas del todo, sería perder la grande fuerza, que para conmoveiros puedo poner en ejercicio. Así es, que me fijaré en su conjunto, procurando presentarlas de un golpe y con viveza.

Fuisteis instruidos de antemano, porque la sabiduria es la luz, que acompañada de la piedad, descubre en

las significativas ceremonias grandes verdades y altísimos misterios. No envano se hizo la luz en el primer día de la creación. Instruidos y piadosos, se os reveló la conveniencia del ayuno, que el pueblo había de hacer, para que su oración, salida del fondo del espíritu, fortalecido por la abstinencia, llegara mejor hasta los cielos. ¿Que ayuno tan significativo y tan eficaz, el de la consagración de los templos! El nos enseña, que pecadores, necesitamos empezar siempre por el dolor y por la penitencia. Después la invocación de Dios, la presencia del Señor que se sentía en las almas y en el templo, los exorcismos, la misteriosa apertura del Santuario y las oraciones de que todo iba siempre acompañado, os sacaban poco á poco desde el mundo á regiones más santas. Las acciones y las palabras iban indicando, que cada vez era todo más santo.

El altar, con su sepulcro y sus santas reliquias, con su incienso y su fuego, ardiendo como en otro tiempo los altares de Dios al consumir las víctimas, con la unción santa, que á Dios lo dedicaba, os hizo ver en su misterioso conjunto la acción de Dios y la del hombre en la santificación de las almas, el perfume de la oración, la virtud del sacrificio, y la fuerza de la gracia. Todo, todo vino á vuestra mente en esa hora bendita y solemne.

Por último, la santa unción que sellara los muros del templo con la cruz, señal amabilísima de nuestra redención, hizo aparecer por todas partes la misericordia y la esperanza.

¿El templo se había consagrado, como las almas se consagran! Sigió después la gran solemnidad, cuya primera Octava estamos celebrando agradecidos y entusiastas.

Notad, Señores, la gradación creciente siempre: cómo cada vez se hace todo más solemne. No parece si nó

que el templo, cautivo ántes, recobra lentamente toda su libertad. No parece si nó que desde profundísimos abismos, vamos saliendo á más altas regiones. Al principio se oían como los gemidos del pecador en un valle de lágrimas; después las plegarias del arrepentimiento en la gruta de la penitencia; más tarde, las esperanzas del justo, los sentimientos del alma piadosa, los himnos de los santos, y luego, los coros de los ángeles y la voz de Dios que eternamente se da gloria á sí mismo. Dilatándose la ceremonia, simbolizaba, la peregrinación del alma por la vida, del pueblo de Dios por el desierto, de la Iglesia por el mundo. La música con todos sus recursos hacia sentir en ella todas estas cosas, grandes almas que daban vida á todo: la poesía le prestaba su santa inspiración y la verdadera elocuencia, hallaba en los pormenores y en el todo, los prodigios del arte y toda la grandeza del hombre unido á Dios.

¡La Iglesia es artista sin quererlo!

Cuán grato es ver en esta grande ceremonia de la Religión, un reflejo de la consagración del alma por la gracia. ¿Si tanto es un templo, que tanto será una alma? Si tanto este Santuario, qué tanto vosotros, que sois como su tabernáculo? Con razón decía San Agustín, que cada una de las cosas, que se hacen en la consagración de los templos, se hacen para santificar las almas. El alma justa es un templo donde el verdadero Dios es adorado en espíritu y en verdad.

Aquí, Señores, es preciso pensar en el cielo. Así como en el mundo físico lo vemos siempre, así también en el mundo del alma. ¿Qué correspondencia tan hermosa! Todo, Señores, todo está bajo del cielo.

Sois un templo, pero que aún se está edificando y solo se consagrará en la eternidad. La consagración de este Santuario, figura con viveza vuestra consagración eterna. Sois actualmente como el arca de la alianza,

donde era llevado Dios por el desierto; llegará un día en que seais colocados en el Sancta Sanctorum de los cielos. Esta esperanza nos alienta.

¡El Cielo!

Quisírame detener aquí, Señores, á contemplarlo despacio, porque su eternidad, su órden, su incomensurable grandeza, su luz inaccesible, sus armonías, sus moradores, sus cantares, su Dios todo me atrae. Quisírame detener á contemplarlo, porque á su idea, se dilata mi esperanza, se fortifica mi desfallecida alma, se consuela mi espíritu. Quisírame detener á contemplarlo, porque es mi patria y la amo, y suspiro por ella en el destierro.

Al ver la ceremonia santa de la consagracion, al gustar las dulzuras de su solemnidad, os deciais con frecuencia: *así ha de ser el cielo; así es el cielo.*

Sus misterios no los entienden los impíos, ni los indiferentes, ni los materialistas, porque espiritualizan, enardecen, arroban. Dejémoslos pasar sin comprenderlos, embebidos en absurdas y desoladoras teorías. ¡Ah! Señores, ¡qué bien se ve desde este punto que no es superflua la consagracion de este Santuario, por la Iglesia, aunque estuviera consagrado por Dios, y por el pueblo. Es toda una doctrina, y mas que una filosofía: es el cristianismo, en sus mas altas y grandiosas esferas: es un misticismo celestial, en su éxtasis imperturbable y revelador: la Religion en uno de sus actos mas solemnes la confesion de la miseria humana, y de la grandeza de Dios, el recuerdo de la caída y el efecto de la reparacion: es la alianza de Dios con su pueblo, siempre necesaria y favorable. Mientras no sean superfluas la doctrina cristiana, la Religion práctica, y la alianza de Dios, no será superflua la consagracion de los templos,

¡Cuán santo es este lugar, donde tantas veces se ha

inmolado el Cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo! Cuan santo es este lugar, donde el pueblo cristiano ha dado culto á Dios y ha encontrado misericordia y gracia! Cuan santo es este lugar, que sobre tantas felicidades, tiene hoy, la de que se celebren mas dignamente en él los tremendos misterios del altar!

Aunque yo no lo hubiera enunciado con toda claridad, al oír mi discurso, vosotros, Señores, habriais visto este augusto Santuario unguado con la triple consagracion de Dios, del pueblo y de la Iglesia. Al verlo, recordando su gloriosa historia, no podriais menos que exclamar: por aquí pasó Dios con su Omnipotencia, Maria con su misericordia, el pueblo con sus oraciones y sus lágrimas y la Iglesia con la Santidad de su culto. Al renovar las pasadas impresiones, al apurar las últimas de la Solemnidad que nos reúne, vereis cruzar por vuestras almas esos augustos personajes. El alma siente su gloriosa marcha. ¡Con cuanta alegría saludateis la aurora bendita en que el Santuario recibiera la uncion del Santo Crisma! Erais su alma, y su consagracion, era casi vuestra consagracion: se conmovia vuestro espíritu de inefable placer, de pura santísima felicidad. ¡Día bendito! exclamáis, vivirás inmortal en nuestras almas, y festivos vogabais en el mar tranquilo de sus horas fugaces. ¡No recordais, Señores? ayer casi, el Príncipe de nuestra Iglesia, recorria imponente la amplia extension del templo, y ungia sus puertas, sus muros y su altar: resuena aún el grave acento de su voz, que atraía para el templo y para el pueblo las bendiciones del cielo. La alegría y la felicidad brillaban entónces en todos los semblantes. Aquel pueblo, unido por un mismo pensamiento, por un mismo corazón, bajo las bóvedas de este templo, reciénmente consagrado, era un espectáculo mas que del tiempo, digno

de la eternidad.

¡Bendito sea el Señor, que hizo cosas tan grandes con sus hijos! ¡Ah! no hay en el corazón algo que pague tamaños beneficios. Preciso es pagarlos con impecederá gratitud, con amor inmortal. ¡Cuan bueno es Dios! ¡Cuan amable vuestra querida Madre! Qué bien supo nuestro ilustre Pastor, dar lleno á los deseos de los devotos de Maria! El, jamás olvidará este templo y este día. Juntad en vuestro corazón á estos santos recuerdos, el de vuestro Pastor, que nunca os olvidará. A él y á vosotros os juntará por siempre un nuevo vínculo. Este inolvidable y querido Santuario, será un monumento del Pastor y un recuerdo de esta porción querida de su grey.

¡Ah! yo bien conozco que vuestras almas cruzan apasionadas y entuciastas la encendida region del sentimiento. Todo es grande, todo brillante, todo armonioso, todo vive, todo entiende, todo se mueve y palpita como un ser de otro mundo. Todos los abismos del corazón, todos los santuarios del alma, se iluminan y vibran con el aire de esta santa solemnidad. Su sol es Dios, su ambiente la esperanza, sus armonías la música del cielo y sus perfumes emanaciones del Paraíso.

Este Santuario de Maria, donde han orado tantas gentes, nacionales y extranjeras, donde con lágrimas oraron vuestros padres, donde pusisteis vuestras oraciones cuando niños; este Santuario, sabedor de tantos secretos, que le ha confiado la misericordia de Dios y el afligido corazón del hombre, se abrirá consagrado por nuevas gracias, para que vengan los tristes á llorar bajo sus silenciosas bóvedas, para que los atribulados se refugien, mientras la tempestad pasa rugiendo, para que descansen las almas fatigadas, como los navegantes en el puerto de seguridad, para que santifiquen sus felicidades, los que en el mundo son menos desdicha-

dos. El se abrirá, para que el padre de familias, espantado del estrépito y revoluciones del mundo, se acoja con sus hijos al abrigo de sus sagrados muros; para que ese ángel de la tierra, que llamamos madre, haga oración en él, rodeada de sus pequeñuelos, su esperanza y su amor.

Yo quisiera morar entre vosotros, para venir aquí, á llorar de gratitud y de ternura, para exponer aquí todas mis penas, exhalar mis ayes de dolor y abrir á mi esperanza mas anchuroso espacio. Aquí, en este Santuario de Maria, de la dulce y amabilísima Maria, quisiera decir con vuestras voces, con vuestros sentimientos, con vuestro amor, sus alabanzas, las alabanzas de mi Madre. Cuando esté lejos, quiero bendecirla en vuestras alabanzas y cantares, aquí en este lugar, que es tan querido.

¡Santuario de Maria, consagrado por Dios y por los hombres, alumbrado por tanta fé y encendido por tantos afectos! yo no soy digno de pisar tu suelo, que arrodillado cruza el peregrino. Yo te saludo en los trasportes del gozo y la piedad, recientemente ungido. ¡Ojalá y te vieran consagrado los que te levantaron tan hermoso! Dura sí, muchos años, palacio augusto, de nuestra amable Reyna. Vengan á adorarla bajo tus santas bóvedas, á este lugar donde estuvieron sus abuelos, las generaciones futuras.

¡Que nunca venga la impiedad á profanar con abominaciones lo que Dios ha ungido con sus gracias! Que nunca caigan por tierra estas bóvedas, estos muros, estos santos altares! Seria la ira de Dios la que mandara ese castigo Nunca se llore de tristeza al ver sus ruinas y su desolación.

¡Qué haríamos sin el Santuario de Maria? ¡En donde tendríamos abrigo?

Hace muy poco celebrabais la consagración con ale-

gria; hoy, con esa tristesa que tiene todo lo que acaba, apurais la última gota de esa santa felicidad. ¿Por qué son fugitivas las dichas de los hombres? Muy pronto, el sol, cayendo detras de las montañas, alumbrará por última esta octava, que nunca volverá. Su luz caerá sobre ella, como la vida que se extingue y toca los confines de la muerte. No parece si no que va á cubrirla el polvo del sepulcro. Hace poco llorabais de alegría: tornándose han, vuestros ojos, en fuentes de inagotable tristesa. ¡Oh año de 1884! ¡Oh dedicacion del Santuario! ¡Oh santa octava.....

Contad, Señores, despues de muchos años, á vuestros nietos, todo lo que habeis visto y admirado. Decidles, cuando vuestras cabezas hayan enblanquecido, que acá en lejanos dias este templo de la Madre de Dios, tan famoso por los divinos beneficios y la devoción general del pueblo mexicano, fué consagrado un día de querida y santísima memoria. Contadles lo que sentis ahora, lo que tanto conmueve vuestras almas y anima con suaves emociones vuestra ternura, para que transmitan la memoria de todo á la posteridad mas remota.

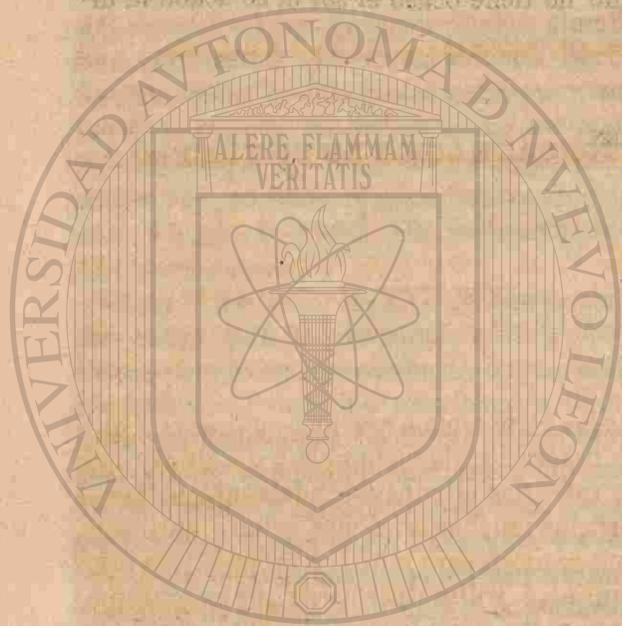
¡Ah! Señores, no estamos solos. En esta hora solemnemente nos hacen compañía nuestros hermanos, nacionales y extranjeros, que han visitado este Santuario é invocado con toda la piedad de su alma á la Madre de Dios. Lo llenan en espíritu.

Seria inútil decir una palabra mas. Quedad en posesion de vuestro santo templo, consagrado por Dios, por la piedad y por la Iglesia. ¡Que se prolonguen muchos años vuestras felicidades! Cuán grande es vuestra dicha! Vuestras lágrimas riegan el templo como un rocío del cielo: en esos gemidos y sollosos vuela el alma. Resuenen las alturas con alegres cánticos; se oyen mejor aquí los ayes del sentimiento. Dios mueve vuestras al-

mas, Maria recibe vuestras lágrimas, vuestros suspiros hieren su corazon.....

Algun dia, no muy lejano, nos juntaremos en el cielo. Allá, donde no tiene ocaso el sol ni se acaba la dicha.

AMEN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

RESEÑA

DE LAS CEREMONIAS QUE USA LA IGLESIA

EN LA CONSAGRACION DE UN TEMPLO.

Son tantas las ceremonias, oraciones y demas requisitos de la Consagracion de un templo y sus altares, que no es posible referirlas circunstanciadamente, ni menos poner a la letra las muchas oraciones, salmos, antifonas, versos etc. que se dicen para ello. Los preparativos solos podrán dar una idea, y disculparnos de que no entremos en pormenores en un artículo tan reducido como el presente, porque á mas de la urna en que se encierran las reliquias del Santo bajo cuyo título se dedica la Iglesia y cuya nombre se invoca en casi todas las oraciones y bendiciones, se preparan el Santo Crisma, el oleo de catecúmenos, dos libras de incienso cuya mitad esté en grano, el incensario con navecilla, un brasero con brasas ardiendo, un vaso grande con cenizas, otro con sal, otro con vino, un aspersorio de yerba de hisopo, manteles de lienzo grueso, otra cubierta de lino encerada, cinco cruces pequeñas para cada altar hechas de pequeños cerillos, espátulas de madera, cal y arena ó polvo de teja molida, con que se forma un cimiento ó mezcla para pegar el sepulcro de las reliquias y las junturas.

ras de la mesa del altar con su pie: dos cirios encendidos, vasija con agua, miga de pan, toallas, otros dos vasos con agua que ha de bendecirse, y los ornamentos y vasos sagrados que han de pertenecer al culto en aquella Iglesia, á mas de los paramentos de que ha de usar el Obispo en su consagracion. Se pintarán tambien en las paredes de la Iglesia doce cruces y á la cabeza de cada una de ellas se fijará un clavo en que esté prendida una candela ó vela pequeña de cera.

Aunque la Consagracion puede hacerse en cualquiera dia, es mas decoroso que se haga en domingo. Dispuestas todas las cosas, y llegada la hora por la mañana, se presenta el Obispo, y reconocida la Iglesia, en cuyo medio estará un sitial bajo, sale de ella con todos los circunstantes, quedando solo un diácono revestido, y se cierran sus puertas. Entonces el Obispo con el clero y pueblo entra al lugar en que están las reliquias, y rezando con el clero los siete salmos penitenciales, se reviste de amito, alba, cingulo, estola y capa pluvial, tomando tambien la mitra y el báculo, vistiéndose asimismo de sus paramentos el diácono y subdiácono, y de sobrepelliz los acólitos y otros ministros. Concluido todo, se dirige con ellos á las puertas de la Iglesia, é invocando á las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, y pidiendo al Señor con una oracion que prevenga y ayude sus acciones, se postra sobre otro sitial que está en la misma puerta por afuera, cantándose entretanto por el coro de cantores la letania de los Santos. A la primera de sus proces, interrumpe, y levantándose el Obispo bendice la agua y la sal, se rocia con ella á sí mismo y á los circunstantes. Luego con el clero y pueblo va rociando con la agua bendita las paredes de la Iglesia por de fuera en todo su circuito, partiendo de derecha a izquierda, y diciendo siempre: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y cantándo-

se por el coro una antífona y verso. Vuelto á la puerta de la Iglesia, y dicha una oracion en que pide al Señor que asista en aquel templo y lo proteja, toca con el báculo la puerta diciendo: "Abrid vuestras puertas, ¡oh príncipes! elevaos puertas eternas, y entrará el rey de la gloria." El diácono que está por dentro pregunta en alta voz: "¿Quién es este rey de la gloria?" y el Obispo responde: "El Señor fuerte y poderoso: el Señor poderoso en la batalla." Y sin mas esperar el Obispo toma el aspersorio y vuelve á rociar de agua bendita las paredes de la Iglesia por fuera en derredor hácia el suelo y el cementerio diciendo siempre en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y vuelto como antes á las puertas dice otra oracion en que pide al Señor el vínculo de la caridad, para que se destierre de aquel lugar todo espíritu de division y de discordia. Luego hiere con el báculo la puerta, diciendo lo mismo que la primera vez; y concluido, vuelve por tercera vez á bendecir las paredes hácia en medio, partiendo de izquierda á derecha y siguiéndole el clero y el pueblo. Vuelto á la puerta, y dicha otra oracion en que pide á Dios que visite y bendiga aquel templo que le va á consagrar, hiere por tercera vez con el báculo la puerta diciendo lo mismo que antes; y á la pregunta del diácono responde con todo el clero: "El Señor de las virtudes es el rey de la gloria." Y añaden todos: "*Abrid, Abrid, Abrid.*" Entonces, hecha por el Obispo con el báculo la señal de la Cruz sobre la puerta, se abre esta y entra el Obispo solo con los ministros, los cantores y los que han de formar el cimientto para el sepulcro de las reliquias y mesa del altar, dejando al clero y pueblo fuera de la Iglesia, cuyas puertas se vuelven á cerrar. Luego que entra el Obispo anuncia la paz á aquel lugar, y los cantores la invocan con una antífona.

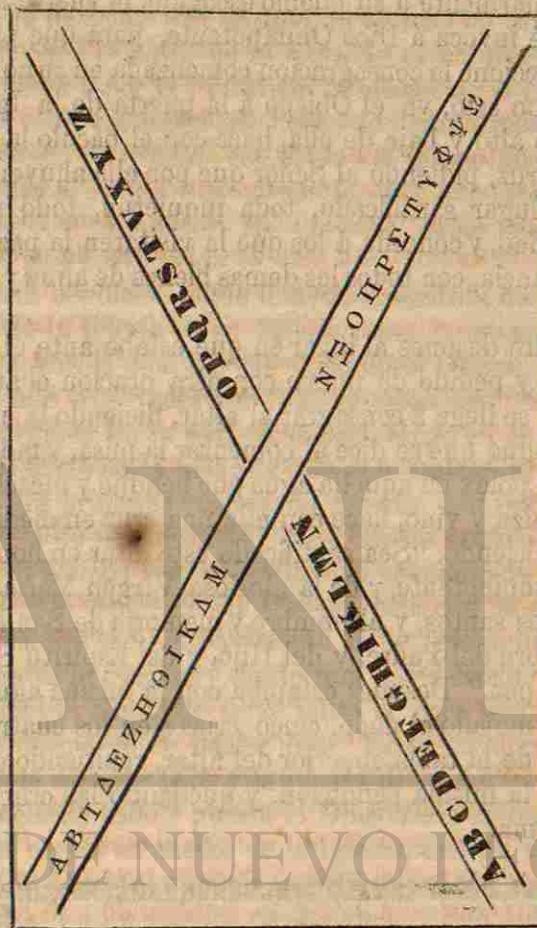
Concluida esta y otra en que se recuerda que el Se-

ñor dijo á Zaqueo que queria morar en su casa, y que este lo recibió en ella, el Obispo se llega al medio de la Iglesia en que está el sitial, se pone de rodillas y comienza el himno: *Ven Espíritu creador*, continuándolo los cantores hasta el fin. Entretanto uno de los ministros esparce ceniza por el pavimento de la Iglesia en forma de Cruz, haciendo dos líneas del ancho de un palmo, de un ángulo á otro de la Iglesia, de modo que se crucen en medio. Concluido el himno el Obispo se postra, y los cantores prosiguen las letanias que comenzaron á fuera. Antes de concluirse, el Obispo se pone en pie y dice: "Que te dignes visitar este lugar." Y responde el coro: "Te rogamos, óyenos," Y el Obispo dice: "que te dignes establecer en él la guarda de tus Angeles."

R. Te rogamos, óyenos. Despues haciendo la señal de la Cruz con la mano derecha sobre el templo y altar el Obispo dice: "Que te dignes bendecir esta Iglesia y altar que se ha de consagrar á tu honor y bajo el título de San N."

R. Te rogamos, óyenos. Segunda vez dice lo mismo, añadiendo bendecir y santificar; y á la tercera, bendecir, santificar y consagrar. Luego vuelve á postrarse y los cantores concluyen las letanias. Dichas luego en pie dos oraciones, y cantando el coro el cántico *Benedictus*, el Obispo, con mitra y báculo recorre las dos líneas formadas con la ceniza escribiendo con la extremidad del báculo el alfabeto griego sobre la una, y el latino sobre la otra, como se vé en la página siguiente.

Despues de esto, el Obispo hincado ante el altar mayor, dice: "El Señor sea en nuestro auxilio," y el coro responde: "Señor, daos prisa á ayudarnos." Entonces puesto en pie, y dicho el *Gloria Patri* por tres veces, comienza á exorcizar y bendecir la sal y el agua, y despues la ceniza, con exorcismos, preces, oraciones y ben-



diciones propias. Mezclando despues todo lo dicho con el vino, que tambien bendice, pide al Señor que envíe sobre él su santo Espíritu, para que se haga apto para consagrar aquella Iglesia y sus altares. Haciendo despues una alocucion mística á aquella agua bendita, cuyas excelencias encomia, recordando los grandes beneficios que por la agua hace el Señor á los hombres, y

particularmente á su pueblo escogido, la vuelve á bendecir, é invoca á Dios Omnipotente, para que proteja y perfeccione la consagracion comenzada en su nombre.

Hecho esto, va el Obispo á la puerta de la Iglesia, y en lo alto y bajo de ella, hace con el báculo la señal de la cruz, pidiendo al Señor que por ella ahuyente de aquel lugar santificado, toda inquietud, todo mal y calamidad, y conceda á los que la visitaren la paz y la abundancia, con todos los demas bienes de alma y cuerpo.

Vuelto despues al lugar en que estaba ante el altar mayor, y pedido de nuevo con otra oracion el auxilio divino, se llega á consagrar el altar, diciendo la antifona y salmo que se dice al comenzar la misa, y mojando el dedo plex en aquella agua que bendijo y mezcló con sal, ceniza y vino, hace con ella una cruz en medio del altar, diciendo: "Sea santificado este altar en honor de Dios Omnipotente, y de la gloriosa Virgen Maria, y de todos los santos, y al nombre y memoria de San N., en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. A tí la paz." Despues estampa con la misma agua en que ha mojado el dedo, cinco cruces en los cuatro extremos de la tabla superior del altar, repitiendo en cada una la misma bendicion, y quedando las cruces en esta forma:



Dicha despues una oracion, el Obispo va y vuelve siete veces á lo largo de la mesa del altar, rociándola por encima y por el frente con la misma agua bendita en que moja un aspersorio hecho de yerba de hisopo, y entre tanto va rezando con el coro el Salmo Miserere, interpuesta, á cada tres versos, la antifona: *Asperges me hisopo, et mundabor. Me rociareis, Señor, con el hisopo, y seré purificado.*

A esta bendicion sigue inmediatamente la de las paredes de la Iglesia en su interior, con la misma agua bendita, con la cual las va rociando el Obispo, yendo y viniendo tres veces por toda su estencion; y rociándolas primero en la parte mas baja, luego en la media, y á lo último en la mas alta que puede alcanzar; siendo las dos primeras vueltas de derecha á izquierda, y la tercera de izquierda á derecha. Entre tanto canta el coro tres salmos con sus antifonas, uno en cada vuelta lo cual todo concluido, el Obispo rocía con la misma, agua bendita todo el pavimento de la Iglesia desde el altar hasta la puerta, y desde una pared hasta otra de los costados, cantando entre tanto el coro tres antifonas, la última de las cuales dice: "No hay aqui otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!"

Concluido todo y puesto el Obispo con mitra hácia el altar mayor en medio de la Iglesia, dice en voz clara: "Vió Jacob una escala, cuya extremidad tocaba á los cielos, y á los ángeles que bajaban, y dijo: verdaderamente este lugar es santo." Dicho esto, vuelve á tomar el aspersorio y rocía con agua bendita hácia el Oriente, el Poniente, el Norte y el Sur. Siguen á esto dos oraciones y un prefacio que canta el Obispo, con bendiciones oportunas, todo relativo á la dedicacion de aquella Iglesia y sus altares, á los divinos misterios que en ella se han de celebrar, y á las gracias que el Señor dispensa á los fieles en el lugar santo. Concluido esto,

el Obispo con mitra se llega al altar, y en él hace con la misma agua bendita y cal y arena el cimientó ó mezcla con que se ha de cerrar el sepulcro de las reliquias y junturas de la mesa del altar con su pie, bendiciéndolo despues con una oración y bendición conveniente, y derramando luego lo restante de la agua al pié del altar. Entonces el Obispo, dejando prevenido el cimientó ya bendito, sale en procesion con la cruz y el clero al lugar en que la noche antes quedaron reservadas las reliquias; y se lleva el Crisma hasta las puertas de al Iglesia, cantándose entre tanto varias antífonas y el salmo 94 que comienza: *venid, alegrémonos en el Señor y para el Señor: gocémonos con júbilo en Dios que es nuestra salud.* Dicho todo esto, ó un responsorio de aquel santo de quien son las reliquias, se forma la procesion, yendo delante el clero con ciriales y cruz cantando antífonas; despues de él los sacerdotes que llevan el féretro de las reliquias, junto á ellas los acólitos que las van incensando, y otros que llevan luces, y á lo último el Obispo con sus paramentos y los ministros á sus lados.

Llegada la procesion á la puerta de la Iglesia, antes de entrar en ella el Obispo, rodea la Iglesia por de fuera, llevándose ante él las reliquias, y siguiéndolo el pueblo, que clama sin cesar. *Kyrie eleison.* Vuelto á las puertas de la Iglesia el Obispo, y tomando la mitra, se sienta en su sitial para decir al pueblo el sermón que previene el ritual, y en que le hace ver la reverencia que debe á aquel lugar santo; su alto destino; las inmunidades que goza; los beneficios que en él se prodigan al pueblo fiel; exhortándolo, en consecuencia de todo, al honesto, piadoso y devoto comportamiento que deben en él tener, y dándole parte de la consagracion que ha hecho de aquella Iglesia, y del título ó Santo bajo cuyo nombre se ha dedicado.

A esto siguen dos decretos del Concilio Tridentino que lee el Arcediano, referentes al debido uso de las rentas y bienes de la Iglesia, y el pago de los diezmos, y en que se fulmina el anatema contra los que los invadieren ó los convirtieren en propios usos, ó impidieren que se paguen á quienes deban percibir los que son de honorario ó distribución eclesiástica.

Llámase despues al fundador de aquella Iglesia, y el Obispo le advierte que el derecho no permite fundar Iglesia sin dote ni ministros; y en consecuencia de ello le pregunta ¿qué sacerdotes y clérigos la han de servir, y con qué dote se han de mantener y sostenerse lo demas del culto?

El fundador responde á todo, y si el número de clérigos y las rentas fueron suficientes, se hace de ello el documento ó público instrumento que corresponde. El Obispo hace saber al fundador los privilegios y retribuciones que él y sus herederos han de gozar; y manda que se haga oración por él, y por el que haya pedido que la Iglesia fuese consagrada. Entonces, cantándose un responsorio propio del caso, el Obispo con una oración, se dispone á ungir la puerta de la Iglesia; lo que hace mojando el dedo en el santo Crisma y haciendo con él la señal de la cruz por de fuera, diciendo: “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo seas, ¡oh puerta! bendita, santificada, consagrada, consignada y encomendada al Señor Dios; seas, ¡oh puerta! la entrada de la salud y de la paz; seas puerta pacífica, por aquel que se dignó llamarse puerta, Jesucristo Nuestro Señor.”

Dicho esto, los presbíteros levantan el féretro de las reliquias, y entrando á la Iglesia en procesion con el clero y pueblo, y el Obispo con mitra á lo último, comienza éste y sigue el coro esta antífona: “Entrad, Santos de Dios, pues preparada está por el Señor la habi-

tacion de vuestra silla: el pueblo fiel con gozo sigue vuestro camino, para que rogueis por nosotros á la Magestad del Señor." Y esta otra: "Gózanse en los cielos las almas de los santos, que en la tierra siguieron las pisadas de Cristo; y como por su amor derramaron su sangre; gózanse con Cristo eternamente."

Llegados al altar en que han de colocarse las reliquias, se cantan dos salmos con antífona al principio y fin; y dicha por el Obispo la oracion conveniente, moja su dedo en el Santo Crisma, y con él hace la señal de la cruz en cada uno de los cuatro ángulos del sepulcro del altar en que han de colocarse las reliquias, diciendo: "sea consagrado y santificado este sepulcro: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sea la paz para esta casa."

Despues, quitándose la mitra el Obispo, guarda con gran veneracion en este sepulcro el vaso ó urna con las reliquias y tres granos de incienso, y el pergamino en que consta por escrito esta colocacion y consagracion, y la indulgencia concedida para su aniversario, y dice á lo último: "Bajo el altar de Dios recibis asiento, ¡oh Santos de Dios! interceded por nosotros al Señor Jesucristo."

V. Alegraránse los santos en la gloria.

R. Llenaránse de júbilo en sus mansiones.

Incensadas las reliquias, el Obispo toma con la mano izquierda la tabla ó lápida con que ha de cubrirse el sepulcro, y mojando en el Santo Crisma el pólce de su mano derecha, hace con él la señal de la cruz en medio de la tabla, diciendo: "Sea consagrada y santificada esta tabla (ó esta lápida) por esta uncion y bendicion de Dios; en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. La paz á tí."

Despues unta con el cimiento ó mezcla la tabla ó lápida, y la adapta al sepulcro, de modo que quede bien

cerrado: y comienza esta antífona que prosigue el coro: "Bajo el altar de Dios oí las voces de los santos sacrificados, que decian: ¿Por qué no vengas nuestra sangre? y recibieron esta respuesta de Dios: *Aguardad aun un poco de tiempo, hasta que se llene el número de vuestros hermanos.* Y esta otra: "Los cuerpos de los santos son sepultados en paz; y sus nombres viven para siempre." Se dice luego el Gloria Patri, y el Obispo concluye con esta oracion: "¡Oh Dios! que de la reunion de todos los santos, formas la habitacion eterna de tu Magestad, dá á esta tu fábrica incrementos celestiales, y concédenos que seamos ayudados de los méritos de aquellos cuyas reliquias abrazamos aquí con amor y devocion.

Afirmada la tabla ó lápida por los operarios, con cimiento bendito, el Obispo las signa con el Santo Crisma diciendo: "sea signado y santificado este altar: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Paz para tí."

Poniendo despues incienso en el incensario, lo bendice, é incienso con él el altar por todos lados, y dicha otra oracion, y limpiada la mesa del altar con un lienzo limpio, el Obispo incienso sobre ella en modo de cruz, primero en medio, y luego en cada uno de sus cuatro ángulos; y puesto y bendito mas incienso en el incensario, lo entrega á un sacerdote vestido de sobrepelliz, que continuamente está yendo y viniendo de un extremo á otro del altar, incensándolo, menos cuando el Obispo le toma el incensario para incensar él mismo, lo que hace dando tres vueltas al altar.

Concluida la incensacion, el Obispo empieza, y el coro prosigue esta antífona: "Erigió Jacob una piedra en título, derramando aceite por encima: hizo voto al Dios de Jacob." Y luego el salmo que comienza: "Cuán amables son tus tabernáculos ¡oh Señor de las virtudes!

mi alma desea con ansia los atrios del Señor, y desfallece en ellos.”

Mientras esto se canta, el Obispo moja su dedo en el óleo de los catecúmenos, y con él hace cinco cruces, una en medio del altar, y las otras cuatro en sus cuatro extremos, en los mismos lugares en que formó las cruces con la agua bendita, diciendo: “Sea santificada y consagrada esta piedra: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en honor de Dios y de la gloriosa Virgen María, y de todos los Santos, al nombre y memoria de San N. Paz á tí.”

Después toma el incensario, de mano del sacerdote que ha estado incensando el altar, y puesto y bendito el incienso dice: “Dirijase, Señor, mi oracion como incienso ante tu presencia.” Y pasa una vez ante el altar incensándolo, y vuelve el incensario al Sacerdote, que continúa del mismo modo incensando, hasta que concluye la consagracion. Hecho esto, el Obispo canta una oracion, y comienza nueva antifona, nuevo salmo, nueva uncion de altar con el óleo de Catecúmenos en cinco cruces, y nueva incensacion, que concluye con dos oraciones.

Por tercera vez se repite todo esto con nuevas antífonas y salmos, y con la diferencia tambien de que en esta vez forma las cruces sobre el altar con el Santo Crisma.

Concluido todo, comienza á cantar otra antifona y salmo diverso, y entre tanto el Obispo, puesta la mitra, derrama y esparce una parte del óleo de catecúmenos y del Santo Crisma sobre el altar, ungiéndolo todo con su mano derecha; y dice, continuando el coro: “Hé aquí el olor de mi Hijo, como el olor de un campo lleno que bendijo el Señor: Hágate mi Dios crecer como la arena del mar; y del rocío del cielo te dé bendicion.” Siguese el salmo 86 que comienza: “Sus fundamentos

en los montes santos: ama el Señor las puertas de Sion mas que todos los tabernáculos de Jacob.

Hánse dicho de tí, ciudad de Dios, cosas muy gloriosas. &c. &c.”

Al fin de este salmo se canta el Gloria Patri, que al fin de los anteriores no se ha dicho.

El Obispo en seguida excita al pueblo á orar á Dios para que sancione y perfeccione aquella consagracion, y puedan recibirse en aquel altar los votos y sacrificios de los fieles.

Después de esto, y mientras se canta otra antifona con salmo y responsorio, el Obispo, con mitra puesta, da vuelta de izquierda á derecha á las paredes de la Iglesia ungiendo con el Santo Crisma las doce cruces que en ella están pintadas, y dice á cada una que forma; “Sea santificado y consagrado este templo: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en honor de Dios, y de la gloriosa Virgen María, y de todos los santos: al nombre y memoria de San N. La paz para tí.”

Ungida cada cruz, el Obispo la incienso moviendo tres veces el incensario, y hecho todo esto, vuelve al altar, é incensándolo de nuevo, canta una antifona con oracion, y se dispone á bendecir el incienso que se ha de quemar sobre el altar.

Estando, pues, en pie y sin mitra, dice la oracion conveniente con bendiciones sobre el incienso, el cual rocia con agua bendita, y puesta luego la mitra, forma con su propia mano cinco cruces de aquel incienso, cada una de cinco granos, sobre aquellos cinco lugares del altar en que antes formó las cinco cruces de agua bendita, de santo óleo y Santo Crisma. Sobre estas cinco cruces de incienso, pone otras cinco cruces de cerillos delgados, al tamaño de las de incienso, y se encienden los pabilos de aquellos, cerillos, para que ardiendo és-

tos, prenda el fuego en el incienso y lo queme. Encendidas todas las cruces, el Obispo se hinca, sin mitra, ante el altar, y comienza esta antifona que prosigue el coro:

1.º “Ven Espíritu Santo: llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor.”

2.º “Subió el humo de los aromas en la presencia del Señor, de la mano del ángel.”

3.º Púsose el ángel de pie junto á la ara del templo, teniendo en su mano un incensario de oro: y diéronsele muchos inciensos: y subió el humo de los aromas á la presencia de Dios.”

El Obispo concluye con una oracion, y recogidas por los ministros con unas espátulas de madera las cenizas que hayan quedado de la combustion de las cruces, el Obispo entona otra oracion y un prefacio con nuevas bendiciones sobre el templo y el altar que están presentes, y sobre las oblaciones y Hostias que en él se ofrecieren. A continuacion del prefacio se dice el salmo: “Levántese Dios, y disipense sus enemigos; y huyan de su faz los que le aborrecieren.” Y concluye con varias preces y oracion; antes de la cual el Obispo unge el frente del altar con el Santo Crisma, formando una Cruz, sin decir nada.

Después de la oracion forma tambien cuatro cruces con el Santo Crisma en las juntas de la mesa del altar con su frente por los cuatro ángulos en que se estamparon las cruces dichas antes; y á cada una dice: “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” Y concluye con una oracion. Vase después á su sitial, donde se lava las manos, mientras los subdiáconos limpian diligentemente con lienzos gruesos toda la mesa del altar. Preséntanle luego los manteles nuevos con que ha de cubrirse el altar; y los vasos y ornamentos destinados al culto de Dios, para que los bendiga; lo que hace á continuacion puesto en pie en su sitial:

Vístese luego el altar, cantándose entre tanto un salmo con antifonas y versos; y el Obispo lo incensa en forma de Cruz, y concluye cantando dos oraciones. Vase luego a la sacristia, y deja la capa pluvial, y si quisiere celebrar la misa, toma la casulla y demas paramentos sagrados. Si no quisiere hacerlo, por la fatiga y cansancio que naturalmente ha de tener, otro sacerdote celebra solemnemente la misa.

Hé aquí la consagracion del templo y del altar, cuyas magestuosas ceremonias, magnificas bendiciones, salmos misteriosos y oraciones llenas de sabiduría y Santa Uncion, la hacen digna de una imagen de Jesucristo, cual se ostenta en el templo y el altar.

CONSAGRACION

DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN (*)

El dia 19 del presente mes tendrá lugar en este Santuario la magestuosa y significativa ceremonia, que la Iglesia Católica prescribe en el Pontifical Romano, para consagrar de un modo especial los templos dedicados al culto del verdadero Dios.

Hace 152 años que el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo D. Nicolas Carlos Gómez de Cervantes vino en persona á bendecir y colocar la primera piedra de este célebre Santuario y el año de 1769, es decir, treinta y siete años después de comenzada la obra, tuvo lugar la solemne dedicacion de este suntuoso Templo, testimonio

(*) Por contener algunos datos interesantes el aviso que se publicó con motivo de la solemne consagracion del Santuario de la Santísima Virgen, bajo la advocacion de Nuestra Señora de San Juan, que se verificó el dia 19 de Noviembre de 1884, se ha creído conveniente agregarlo á esta Reseña.

imperecedero de la fé de nuestros padres, colocándose en él la insigne y veneranda Imágen de la Santísima Virgen Maria, bajo la advocacion de Nuestra Señora de San Juan, siendo entonces Obispo de Guadalajara, el Illmo. y Rmo. Sr. D. Diego Rodriguez Rivas.

El 30 de Noviembre de 1869 se solemnizó con toda la magnificencia posible el primer centenario de dicha colocacion, viniendo á celebrar de Pontifical el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Maria de Jesus Diez de Sollano y predicó en esta fiesta el Sr. Lectoral Lic. D. Francisco M. Vargas, actual Obispo de Colima.

Estaba destinado por Dios para ungir con el oleo Santo, y consagrar este Santuario con el Santo Crisma el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza dignísimo Arzobispo de Guadalajara. Segun se ha servido disponerlo, practicará el día 19 del corriente las ceremonias que la Iglesia prescribe para semejantes casos, y el día 21 del mismo se solemnizará la consagracion de este Santuario, celebrando de Pontifical el Illmo. Sr. Arzobispo consagrante; en cuya Misa predicará el Illmo. y Rmo. Sr. Obispo de Leon Dr. D. Tomas Baron y Morales.

La octava de dicha consagracion se celebrará tambien con Misa solemne, en la qué predicará el Sr. Cura Dr. D. Ignacio Diaz.

La vispera del 21 y 26 se cantarán Maytines con toda la solemnidad posible.

El Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo desea que los católicos nos reunamos en esta fiesta con un solo espíritu, con el espíritu de verdaderos hijos de la Iglesia para renovar la fé de nuestros padres, pedir á Dios Nuestro Señor, por la intercesion de su Santísima Madre, el triunfo de la fé católica y la pureza de las costumbres cristianas.

SAN JUAN, NOVIEMBRE 4 DE 1884.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA



004